1720

POMPEYO GENER

EL CAPITAN TORMENTA

o

LA TOMA DE LA BASTILLA

Drama en seis actos y un prólogo

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1915

12

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/elcapitntormenta22112gene

EL CAPITÁN TORMENTA

O

LA TOMA DE LA BASTILLA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Reservado el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la "Sociedad de Autores Españoles" son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Edición autorizada por su autor para "Teatro Mundial".

FÉLIX COSTA, IMPRESOR; ASALTO, 45, — BARCELONA

EL CAPITÁN TORMENTA

o

LA TOMA DE LA BASTILLA

DRAMA EN SEIS ACTOS Y UN PRÓLOGO
escrito con documentos originales de los preludios
de la Revolución Francesa

por

POMPEYO GENER

BARCELONA
BIBLIOTECA «TEATRO MUNDIAL»
21 — Calle de San Pablo — 21
1915

REPARTO

PERSONAJES:

LA MARQUESA DE SUBERVILLE, 50 años.
BLANCA, su hija, 20 íd.
EL CAPITÁN, o sea ENRIQUE DE BREAL, 25 íd.
EL CONDE LUIS DE SUBERVILLE, 22 íd.
EL MARQUÉS (paralítico), 65 íd.
EL BARÓN DE LA TAILLADE, 35 íd.
El SEÑOR DE SAINT-POL, 30 íd.
EL SEÑOR DE LA BARRAQUE, 40 íd.
JUAN MARTÍN, 62 íd.
ANTONIO (criado del castillo.)
EL MAYORDOMO CELESTINO.
UN NOTARIO.
UN ABATE DE CORTE (no habla).
DOCTOR LAMOTTE (joven noble).
UN NIÑO DE DOS AÑOS.
FERREOL (contramaestre).
MARINEROS 1.º y 2.º (en el prólogo).
VARIOS PRISIONEROS DE LA BASTILLA.
EL COMISARIO DEL PUERTO DE CAYENA.
EL CORONEL ELÍAS (jefe de guardias franceses).
EL CORONEL HULÍN (ídem, ídem).
EL DIPUTADO THURIOT.
CIUDADANO SUSTUCRÚ (barbero.)
CIUDADANO SANTERRE (cervecero).

Caballeros, soldados, ciudadanos, ciudadanas, damas, lacayos, criados, marineros, artilleros de marina, soldados de las colonias, corsarios, etc.

ACCIÓN: En el prólogo, en aguas de América, 1788. Actos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º, en Bretaña, igual que el 6.º El 5.º en París, faubourg Saint-Antoine.

El drama concluye en 1790, en plena revolución francesa.

EL CAPITAN TORMENTA

En el prólogo se llama Pedro Bret, corsario. Viste un ancho sombrero de paja, el ala levantada, cabellos largos hasta los hombros, chupa parda con botones de acero, camisa floja con cuello ancho y abierta del pecho, dejando ver una camiseta de punto rayada azul y blanca, faja, pantalón de rayadillo y botas de agua de cuero mate encima. Sobre la faja, cinturón, del que cuelga un ancho sable de abordaje. Va afeitado y fuma la pipa.

ACTO 1.º—*Se llama el capitán Maelstroom, de la marina real holandesa. Ancha casaca color de café, vueltas amarillas, chaleco del mismo color, botas de becerro con vuelta amarilla y los tirantes fuera. Tricornio con escarapela. Espada de plata, colgantes del reloj vistosos, chaleco ajustado del color de la casaca. Peluca a bucles con cola y lazo, rojiza.*

ACTO 2.º *Traje obscuro. Capotillo con esclavina gris y tricornio. Peluca empolvada.*

ACTO 3.º—*Es el caballero Salvador, de la orden del Santo Espíritu. Rico traje Luis XV, bordado, ancha capa roja de color de sangre, tricornio galoneado, medias de seda bordadas, zapatos con hebi-*

612979

lla de plata y tacones rojos. Peluca rizada empolvada con un gran lazo de moiré *en la cola.*

Acto 4.º—*El mismo traje. Es Enrique Breal, conde de Breal.*

Acto 5.º — *Es el ciudadano capitán de marina Breal. Usa tricornio con escarapela tricolor. Casaca azul con sardinetas de oro, chaleco rojo y pantalón ajustado ídem, botas de agua encima, sable y dos pistolas, cabello castaño recogido en cola y trenzas a los lados.*

Acto 6.º—*Es el ciudadano almirante Enrique de Breal. Lleva gran tricornio con escarapela tricolor y muchas plumas blancas, azules y rojas. El cabello caído a los lados, suelto y ondulante, formando lo que se llamaba* orejas de perro, *recogido en cola por detrás. Gran corbata blanca, casaca ancha y bordada, azul obscuro, chaleco blanco con grandes solapas que vienen encima de la casaca, pantalón ceñido rojo con bolsillos galoneados por delante, guantes negros de manopla, bota polaca galoneada hasta debajo de la rodilla. Sable curvo dorado con tirantes, faja tricolor ancha con un lazo al lado y fleco de oro. Lleva un pequeño bigote.*

PRÓLOGO

La escena representa la cubierta de un bergantín que va marchando a toda vela. El cielo está nublado. Es una madrugada y aun no ha apuntado el día. El capitán y Lamotte están conversando amigablemente en el puente. Cerca de la borda de babor están Ferreol y dos marineros, fumando la pipa y hablando.

ESCENA PRIMERA

CAPITÁN, LAMOTTE, FERREOL MARINEROS 1.º y 2.º y marineros.

FERREOL Pues así ha sido y así se comprende. El capitán tiene un corazón de león, pero es un corazón de oro. Por su cuenta hizo el corso contra los ingleses. Sí; fuímos corsarios y declarados piratas. Tú no estabas aún a bordo. (Al marinero 2.º) Tú, sí.

MARI. 2 Y que me pesa haber dejado aquella vida activa y llena de peripecias.

FERREOL Sí, pero también llena de peligros, pues no estábamos reconocidos por el rey, y los ingleses podían colgarnos de las entenas de nuestro brick como piratas, si nos hubieran cogido. Ahora, con la patente real de corso que tenemos, ya estamos en regla, y nuestra marina de guerra nos apoyará, y los puertos de

Francia y de sus colonias nos darán refugio.

MARI. 1 Y los de España, que son nuestros amigos, y enemigos jurados de los ingleses. ¿Te acuerdas de aquel bergantín de Tarragona que nos apoyó con sus cañones y que dió el abordaje con nosotros a aquel navío inglés que había robado las barras de oro que un bajel real español traía de Méjico? Era eso al salir de Canarias. Aun divisábamos desde alta mar el pico de Orotava.

FERREOL ¡Sí me acuerdo! Nosotros íbamos persiguiendo al navío inglés, pero solos. El nos hubiera echado a pique, mas, como evocado por un conjuro, atravesando la espesa niebla se presentó el corsario español. ¡Qué alegría la nuestra! Juntos dimos el abordaje: ellos, por babor; nosotros, por estribor, y apresamos el navío inglés, con sus barras de oro y sus onzas robadas, y lo remolcamos a Cádiz.

MARI. 1 Sí, pero el capitán, junto con el capitán español, acordaron depositar el oro en manos del intendente del rey de España.

FERREOL Pero éste, bien lo sabes, mandó repartir la mitad entre nosotros y los de Tarragona. Mas nos hemos apartado del asunto y de lo que éste me preguntaba. El capitán tiene un gran corazón y una gran lealtad. Al perdonarle el rey como pirata, y darle su patente real de corso, él debía sujetarse a las reglas del Estado. Al salir de Brest, le entregaron este prisionero, reo de estado, según dicen, para que lo llevásemos a la Nueva Caledonia, y él debía de obedecer.

MARI. 2 Pues ¿por qué hace ya días que anda suelto, precisamente cuando estamos ya a la vista de la costa?

FERREOL Tú eres un estúpido que nada comprendes. Si el capitán le deja así, es porque

es un caballero y le ha dado su palabra de honor de no huir, y echarse al agua, como hubiera podido hacerlo en las costas de la isla de Madera, cuando aquel temporal. Además, y en esto estriba la amistad del capitán y el prisionero. Como tú sabes, al salir de Madera, al capitán se le declaró aquella fiebre pútrida, de la que murieron Luis y Gastón; el prisionero ha cuidado del capitán como si fuera su hermano. Ni de día ni de noche se apartó de su camarote un momento, y gracias a unos medicamentos que tenía en su botiquín, que trajo de París en su equipaje, lo curó.

MARI. 1 Lo mismo que a mí, que a los pocos días también se me declaró la fiebre maligna.

MARI. 2 ¡Tan sabio es!

FERREOL Ha estudiado la medicina en París, y además es un hombre muy humanitario. Siempre nos exhorta a que nos sacrifiquemos por los demás para ahorrar el sufrimiento y propagar la vida. Aquí vienen. Callad, que no nos oigan que hablamos de ellos.

ESCENA II

Dichos. CAPITÁN y LAMOTTE.

CAPITÁN (A Lamotte.) Pues amigo Lamotte, antes de que lleguemos, y ya estamos a punto de llegar, quiero obsequiaros con un almuerzo, que no creo que sea el último que hagamos, como os decía. Os estoy sumamente agradecido. Os debo la vida. Sin vuestros cuidados y los medicamentos que me administrasteis, me hubieran tenido que echar al agua, como a esos pobres marineros. Yo tengo el deber, por el juramento de obediencia que pres-

té al rey, de entregaros, a la llegada, al comisario real de los presidios. Pero luego..., luego soy libre. ¡Y yo os daré la libertad! Palabra.

LAMOTTE Gracias, capitán.

CAPITÁN Sí, por más que seáis reo de estado.

LAMOTTE ¡Es que no soy un reo de estado, sino una víctima de una venganza!

CAPITÁN ¡Vos!

LAMOTTE ¡Palabra de honor!

CAPITÁN Me contaréis eso, que me interesa. ¡Vamos al almuerzo!... ¡Ferreol!

FERREOL ¡Capitán!

CAPITÁN Dad las órdenes para que nos sirvan de almorzar aquí, sobre cubierta, encima de un tambor. Que suban dos botellas de Burdeos viejo y una de ron Jamaica con el café. (Vase Ferreol. Los marineros preparan una mesa improvisada encima de un tambor con una tabla que cubre con un mantel. El capitán y Lamotte cogen dos sillas de tijera.) Sentaos, y comiendo me contaréis... eso. (Los marineros sirven, ellos comen.)

LAMOTTE Pues como os decía, yo no soy un reo de estado. Nada he dicho contra Francia ni contra el rey. El motivo de mi destierro es otro y muy diferente. Los amores con una joven, hija de una de las primeras familias de la nobleza francesa, cuya madre y cuyo hermano obtuvieron una carta del rey, por medio de un marqués infame, a quien le prometieron la mano de mi amada. En esa carta se mandaba encarcelarme hasta que se encontrara un navío seguro para deportarme a la Cayena, con orden de no volver más de ella. Y el buque ha sido éste.

CAPITÁN ¡Pero eso es infame!

LAMOTTE ¡Aun hay más... mucho más! Si no os molesto os contaré la triste historia de mis amores, empezando por el principio.

CAPITÁN Contad, que me interesa.

LAMOTTE Ante todo, he de deciros que yo soy noble, aunque esto nada indica en favor mío, pues todo conde o marqués nació hombre y sus dictados vinieron después. Por mi origen pude alternar con las primeras familias de la corte de Francia. Aunque yo prefería el estudio a las diversiones y me dedicaba con amor a las ciencias naturales, y en especial a la medicina, no dejaba de frecuentar de vez en cuando las grandes fiestas que la corte daba en Versalles. En una de éstas conocí a Blanca, la hermosa hija del marqués de Suberville.

CAPITÁN ¿De Suberville?

LAMOTTE ¿La conocéis?

CAPITÁN He conocido la familia. Son nobles bretones, como yo.

LAMOTTE ¿También vos sois noble?

CAPITÁN Sí. Pero la nobleza me arrojó, y ahora soy pirata, corsario o filibustero... ¡qué sé yo!... Seguid.

LAMOTTE Pues en una fiesta de Versalles y en un te servido en el Trianón, conocí a Blanca y me enamoré de ella. Nuestras relaciones, castas, como las de dos espíritus puros, continuaron en París, hasta que hice pedir su mano por mi tío, el conde de Latour Lamotte, ¡y me la negaron! Durante mucho tiempo toqué todos los resortes imaginables para conseguir mi propósito. Supliqué a sus padres, me arrojé llorando a los pies de la marquesa, rogué a su hermano, y sólo recibí crueles desprecios. Insistí aún, y entonces se llevaron a Blanca a su castillo de Bretaña. Y fuí a Bretaña, y una noche me introduje en el castillo comprando a un criado. Blanca, al verme en su cuarto, se desmayó en mis brazos. Luego me contó que querían casarla a la fuerza con un título de la corte, intrigante, adulador,

arruinado y lleno de vicios, pero con mucho influjo cerca de la reina. Me suplicó que huyera, pues si me hallaban allí me matarían. «Seré tuya o de la tumba», me dijo; y después de algunos momentos fué mía. Yo le juré ir a robarla, con un abate que nos uniría, consagrando nuestros amores, y que luego partiríamos para América. Volví a los dos días, con el abate, pero al entrar en el jardín fuímos descubiertos. A mí me amarraron como a un ladrón y me condujeron a Brest, a la cárcel, ¡entre criminales!

CAPITÁN ¿Y el abate?

LAMOTTE Logró escaparse por el jardín; a pesar de los disparos de escopeta que le hicieron, pudo saltar la verja. En la cárcel estuve nueve meses, pero era feliz. Blanca me escribía por medio del jardinero, y el proveedor de comestibles, y así recibía yo sus cartas. ¡Un día recibí una en la que me decía que estaba próxima a ser madre! ¡No sé cómo no enloquecí de júbilo! Al cabo de unos meses recibí otra que fué mi tormento. Había dado a luz un niño sano y robusto. Pero como, para evitar el escándalo, la tenían encerrada en un pabellón aparte, de noche se presentó su madre y le arrebató a viva fuerza su hijo de los pechos, diciéndole: «No le verás más. ¡Olvídale!» A los pocos días se presentó su hermano en la cárcel de Brest con fuerza armada a reclamarme, con una carta del rey, como reo de estado.

CAPITÁN ¿Y luego?

LAMOTTE De la cárcel fuí conducido al puerto y a vuestro buque, ordenándoos, en nombre del rey, que os hicieseis a la vela para conducirme a Cayena. Y a partir de aquí, ya lo sabéis todo, amigo mío.

CAPITÁN (Conmovido.) ¡Llamadme hermano, que yo he de serlo para vos.

LAMOTTE ¡Con toda mi alma! (Se levantan y se abrazan.) Aquí tenéis estas cartas. (Sacándolas del bolsillo y entregándoselas.) No se han separado de mí ni un instante, aquí, sobre mi corazón. Leedlas, os lo suplico, y veréis como es verdad todo lo que os he contado.

CAPITÁN ¿Me las confiáis?

LAMOTTE Sí, sí; si es que lo creéis útil.

CAPITÁN Lo creo necesario. Con ellas buscaré a vuestra amada, con ellas sabré a dónde está vuestro hijo, con ellas haré que se os case con Blanca de Suberville y que podáis reconocer el fruto de vuestros amores.

LAMOTTE ¿Y si han casado a Blanca por la violencia, por la fuerza?

CAPITÁN Mataré a su marido y os casaréis. ¡Yo os lo juro! (Empieza a clarear, viéndose a lo lejos el puerto de Cayena.) Antes de poco tiempo os libertaré de la cárcel de Cayena; iréis a Nueva York, y de allí a Europa; yo os llevaré hasta un puerto de Holanda. Allí quedaremos acordes donde habéis de esconderos en Francia, y yo iré a buscaros para ser el padrino de la boda. No os extrañéis si cambio de traje y de aspecto. Yo me daré a conocer en cuanto vaya a buscaros. De los presidios de Cayena os harán escapar mis hombres, que han sido filibusteros, y para dar golpes de mano por el estilo se pintan solos. ¡Eh! ¡Ferreol!

FERREOL ¡Capitán!

CAPITÁN Aquí te presento un hermano mío.

FERREOL ¡Hermano vuestro!

CAPITÁN Mírale bien, para reconocerle mezclado entre los bandidos del presidio. (A Lamotte.) Y vos, fijaos en Ferreol, para reconocerle también cuando vaya a libertaros.

(A Ferreol.) ¡Ahora vete, y que amarren velas y saluden a la plaza! (A Lamotte, dándole la mano y un bolsillo.) Tomad, que bien lo habéis menester, que ya apunta el día y vamos a entrar en el puerto. (Del buque se dispararán los cañonazos de ordenanza, que son contestados por el fuerte de la plaza. El capitán y Lamotte, en tanto, beben chocando los vasos.) ¡A vuestra próxima libertad! ¡A nuestra amistad eterna!

LAMOTTE ¡Sea!

VOZ (Desde fuera, en una lancha.) ¡Ah del buque!

FERREOL (Desde la barandilla.) ¿Quién va?

VOZ La comisaría del puerto con la Sanidad. Echad la escalera. (Manda Ferreol echar la escalera y suben un comisario y cuatro soldados vestidos de blanco y tricornio negro y divisas rojas. El capitán se dirige a ellos.)

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. UN COMISARIO y cuatro soldados.

COMISA. Los papeles.

CAPITÁN Aquí están.

COMISA. (Después de mirarlos.) Están en regla. Veo que conducís un reo de estado. Entregádmelo.

CAPITÁN ¡Señor de Lamotte!

LAMOTTE Presente.

CAPITÁN Aquí os hago entrega del... que me pedís y aquí va la orden del ministerio. (Entrega un pliego.)

COMISA. Está bien. Seguidnos, caballero.

CAPITÁN ¡Adiós, Lamotte! (Dándole la mano.) ¡Lo dicho!

LAMOTTE (Estrechándosela, llorando.) ¡Adiós, hermano mío! (Parte con el comisario y los guardias. El capitán, desde el puente, le saluda con el sombrero, mientras cae el

TELÓN

FIN DEL PRÓLOGO

ACTO PRIMERO

Castillo de Suberville, en Bretaña. Salón de planta baja estilo Renacimiento. Puerta al fondo y dos laterales. Una chimenea, encima de la que hay un espejo. A la derecha, una gran ventana, y otra a la izquierda. Una mesa con tapete y recado de escribir. Sillones y sillas, convenientemente distribuidos por la sala. Todo el mobiliario también estilo Renacimiento.

ESCENA PRIMERA

EL CONDE LUIS en traje de viaje. Le sigue CELESTINO y coloca un par de pistolas largas sobre la mesa. ANTONIO y dos criados.

LUIS (Sentándose.) Antonio, da un escudo de oro al postillón, que sólo ha volcado dos veces desde Vannes aquí. En cuanto a vosotros, como no quiero distraeros del servicio de mis mayores, podéis retiraros. (Salen Antonio y los criados. Celestino va a seguirlos.) Celestino, ¿nada nuevo ha ocurrido durante mi ausencia? ¿Mi padre?

CELES. Siempre lo mismo; ni mejor ni peor.

LUIS ¿Y su razón?

CELES. Así, así. A lo menos eso es lo que dicen, pues ya sabe su señoría que no quiere ver a nadie más que a la señora marquesa.

LUIS Sí, ya lo sé; ¡ni aun a nosotros! ¿Y mi hermana?

CELES. ¡Siempre triste! ¡Siempre llorosa! ¡Po-

bre señorita! Sólo sale del castillo para ir a ver al anciano Juan Martín.

LUIS ¿Siempre en su casita del parque?

CELES. Sólo se mueve de allí para ir a sentarse debajo de la encina, y allí pasa horas enteras. ¡Diríase que reza!

LUIS ¡Singular anciano! ¿Y continúas siendo tú el encargado por la señora de velar por que nada le falte?

CELES. Sí, señor... pero... «—Buenos días. Buenas noches. Gracias, Celestino.» He aquí todo lo que me dice.

LUIS Está bien, Celestino; vuelve los cañones de esas pistolas hacia la pared. Ya sabes el temor que a mi madre infunden esas armas.

CELES. Aquí viene la señora marquesa.

LUIS Déjanos solos. (Vase Celestino. Entra la marquesa por el fondo.)

ESCENA II

LUIS y LA MARQUESA, ésta vestida de negro.

LUIS (Adelantándose, pone la rodilla en tierra y le besa la mano.) Si la señora marquesa me permite...

MARQUESA Levantaos, hijo mío; ¡cuánto me alegro de volver a veros! (La conduce a un sillón. Ella repara en las pistolas y se estremece.) ¡Ah!

LUIS ¿Qué tenéis, madre mía?

MARQUESA Nada. (Se sienta.) He recibido vuestra carta, hijo mío, y os felicito por ella. Os creo nacido para la diplomacia mejor que para las armas; y deberíais rogarle al barón de la Taillade, que en lugar de un regimiento solicitara para vos una embajada.

LUIS Y la obtendría, señora. Tal es su valimiento, y sobre todo, ¡tan inmenso es su amor!

MARQUESA ¿Su amor por una mujer que no ha visto?

LUIS El es quien ha insistido para que todos los preparativos se hiciesen en su ausencia.

MARQUESA El capellán del castillo se ha cuidado de todos esos detalles.

LUIS ¿De suerte que cuando llegue el barón podremos firmar el contrato?

MARQUESA ¡Sí! ¿Y no os ha preguntado nada respecto a Lamotte? ¿No ha querido saber por qué motivo su destierro fué solicitado por nosotros?

LUIS No, señora; semejantes preguntas son tan comunes que se olvidan en un día. Además, es ya sabido que generalmente encubren un secreto de familia que la discreción no permite investigar. ¡Sólo yo conservo el recuerdo de ese desgraciado!

MARQUESA ¿Vos? ¿Y por qué?

LUIS Porque de vez en cuando pienso que para vengarme de él hubiera quizás debido emplear mejores armas.

MARQUESA ¡Hijo mío, no habléis así si no queréis martirizarme!

LUIS Tenéis razón, madre mía. Lo hecho, hecho está, y no pensemos más en ello.

MARQUESA ¿Así, pues, el barón lo ignora todo?

LUIS ¡Todo! ¿Pero, queréis, señora, que os diga lo que pienso? ¡Pues que, aunque lo supiera todo, lo creo bastante filósofo para que ello no influyera lo más mínimo en su resolución!

MARQUESA ¿Estará, pues, arruinado?

LUIS Como casi todos los jóvenes de la nobleza de hoy día. Pero tiene gran influencia en la corte.

MARQUESA Nosotros somos bastante ricos para rehacer su fortuna sin menoscabo de la nuestra. (Tomándole la mano.) Este enlace asegura la dicha de mis hijos, por lo menos la de uno de ellos. No quiero enca-

denarlos eternamente en un viejo castillo de Bretaña, lejos de todo placer, cerca de un padre demente, que se niega a verlos, ¡y que, aunque los viera, quizás no los reconocería!

LUIS Sí, madre mía, sí; ya sé que habéis jurado ser un modelo de desinterés y de virtud, ya sé que miráis este nuevo sacrificio como un simple deber, y nada más, y sólo mi hermana, con su obstinación, puede destruirlo.

MARQUESA Vuestra hermana pensará que sólo su sumisión puede hacerme olvidar su falta, ¡y no temáis, obedecerá! Nadie ha hecho más que yo, hijo mío, por conseguir, si no un nuevo brillo a nuestro nombre, al menos por conservarlo en su antigua pureza.

LUIS Señora...

MARQUESA Estad tranquilo. Ese nombre ha de resonar todavía muy alto, para que los reales oídos le oigan sin tener que inclinarse escuchando. Y a propósito de sus majestades, espero que la bendición divina flotará sobre ellos y sobre la Francia.

LUIS ¿Quién podría atentar a su ventura? Luis XVI es un monarca joven y bueno; María Antonieta es joven también y hermosa; están rodeados de una nobleza arraigada; son amados de un pueblo leal. A Dios gracias, la suerte les ha colocado fuera de todo infortunio.

MARQUESA ¡Hijo mío, nadie está exento de errores y debilidades! La desgracia, a veces, Dios nos la envía cuando menos pensamos. Viviendo aquí, retirada del mundo, han llegado hasta mí extraños ruidos, pequeñas noticias que los que viven en el bullicio no aprecian, y que a mí me parecen anuncios siniestros. Una secta filosófica ha recogido todos los conocimientos humanos para hacerlos converger a la

destrucción de todas las instituciones existentes. Y cuenta con adeptos de gran valía, con sabios distinguidos, y es aplaudida en la propia corte. En América, casi la mitad de su continente se despega de su madre patria, la Inglaterra, y algunos nobles franceses, militares locos, han atravesado el Océano para ofrecer su espada a esos súbditos rebelados. Se me ha contado que Luis XVI, olvidando que los reyes de Europa son una familia de hermanos, unidos por la sangre y por la ley de Jesucristo, ha autorizado esas emigraciones armadas, y ha dado patente de corso a no sé qué pirata, que con su bajel hacía la guerra como de por cuenta propia.

LUIS Desgraciadamente todo esto es cierto, señora.

MARQUESA ¡Rogad a Dios, pues, que no abandone a sus majestades el rey y la reina de Francia! (Vase lentamente.)

ESCENA III

LUIS; luego, ANTONIO, por el foro.

LUIS Este viejo castillo, sin duda, es el que la infunde esas tristes ideas. Y yo mismo sin saber por qué, parece que siento en mí que aquí se ha cometido un crimen, que pesa sobre la conciencia de los que le habitan.

ANTONIO (Con una tarjeta en una bandeja.) Para el señor conde. Es de un caballero, que pide con insistencia sea recibido. (Vase.)

LUIS (Leyéndola.) Una tarjeta. «Capitán Maelstroom.» ¿Quién es ese capitán?

ESCENA IV

LUIS y EL CAPITÁN TORMENTA.

CAPITÁN Soy yo, señor conde.

LUIS Parece que tenéis gran empeño en hablarme.

CAPITÁN Señor conde, considero de gran interés para vos la entrevista que espero me concedáis.

LUIS Pues tomad asiento si la conferencia ha de ser larga.

CAPITÁN Con mucho gusto. Pero os advierto que hemos de estar solos.

LUIS Déjanos. Ahora, caballero, espero que me digáis con quien tengo el honor de hablar.

CAPITÁN Con el capitán del buque que transportó a Guyena al joven Lamotte.

LUIS ¡ Imposible !

CAPITÁN Es cierto que la penúltima vez que nos vimos en Brest, cuando me hicisteis el honor de visitarme a bordo, yo tenía el cabello negro y lo llevaba suelto. Usaba un gran sombrero de paja, una blusa de marinero, y todo eso transforma a un hombre en otro.

LUIS (Mirándole fijamente.) En efecto, creo recordar que debajo de aquel sombrero de que me habláis brillaban dos ojos muy semejantes a los vuestros, y que no he podido olvidar. Pero aquel capitán no se llamaba el nombre bajo el cual os habéis presentado aquí. Pedro Bret, si mal no recuerdo, y ahora, por vuestro nombre y vuestro ropaje, sois holandés. ¿Decís que aquel día fué el penúltimo que nos hemos visto? Ayudad mi memoria, caballero, os lo ruego, porque no recuerdo cuál ha sido el último.

CAPITÁN El último ha sido en París, hace ocho

días, en un asalto de armas en casa del hijo del ministro de Marina. Entonces fuí oficial inglés y me llamaba sir John Holme; llevaba la casaca encarnada, tenía el pelo rubio, y tuve el honor de esgrimir el florete con vos, señor conde, y os di tres botonazos, sin que me tocaseis a mí ni una sola vez.

LUIS Si que es extraño. Y, efectivamente, también es la misma mirada... mas no es el mismo personaje.

CAPITÁN ¡Es que la mirada del hombre es la única cosa que no puede desfigurarse, porque en nuestra mirada va nuestra alma. ¡Así, Pedro Bret, el corsario bretón, es el mismo que el inglés sir John Holme y que el caballero Maelstroom, capitán de navío holandés, que ahora tiene el honor de hablaros.

LUIS Pero, al fin y al cabo, caballero, ¿se puede saber quién sois en realidad?

CAPITÁN ¿Qué sacaréis de que os diga mi nombre? El nombre es sólo una etiqueta que se pone sobre las cosas para disfrazarlas a los que no las sienten ni las comprenden, un rótulo que puede estar bien o mal puesto. Además, que el mío, hoy os daría un grave disgusto si os lo revelara. Tal vez dentro de poco os produciría una verdadera alegría. ¡Mi nombre, mi origen, es un secreto que os interesa a vos casi tanto como a mí, por lo cual os ruego que me lo respetéis y no intentéis averiguarlo! ¡Yo os lo revelaré en tiempo oportuno, os lo juro por mi fe de caballero! Por ahora sólo puedo deciros que, bajo distintos aspectos, siempre soy el mismo: el capitán Tormenta. (Pausa.) ¿Habéis estudiado la mitología antigua, señor conde?

LUIS Algo. Me la enseñó un abate muy erudito.

CAPITÁN Entonces debéis conocer ese genio del

mar llamado Proteo, ese dios hijo del Océano que conoce el porvenir de los navegantes a punto fijo, y cuando vienen las tempestades—pues él es quien las desencadena,—y como reina en la tormenta, sabe los que se han de hundir en el oleaje de la vida y los que han de salvarse. Pues bien, señor conde, ese soy yo. Dejadme que siga mi curso en lo que voy a proponeros, y no os empeñéis en contrariarme, pues el dios Proteo se os presentaría como capitán Tormenta, ¡forma tal vez para vos más desagradable!

LUIS ¡Fantástico sois en demasía!... Mas ya que no queréis decirme vuestro origen ni vuestra naturaleza, decidme cuál es el objeto de vuestra visita de una manera clara y terminante.

CAPITÁN Hace dos años que, paseándoos por el muelle de Brest, enmedio de sus numerosos buques, os fijasteis en un brick de quilla estrecha y mástiles muy altos, y os dijisteis: «Preciso es que el capitán de ese barco tenga poderosos motivos para dedicarse al tráfico marítimo con tanto velamen y tan poca madera.» De eso nació en vuestra mente la idea de que yo era un corsario, un pirata, un filibustero, ¡qué sé yo!

LUIS ¡Y me parece que no me equivoqué!

CAPITÁN Creo haberos expresado en otro lugar, señor conde, mi admiración por la perspicacia con que vos juzgáis, al primer golpe de vista, los hombres y las cosas.

LUIS Evitemos cumplimientos y vamos al hecho.

CAPITÁN Pues decía que en esa persuasión pasasteis a bordo de mi buque, y en el entrepuente os avistasteis con el capitán Pedro Bret. Erais portador de una orden del ministro de Marina que ordenaba, en

nombre del rey, a todo capitán de larga ruta que fuera requerido, de conducir a la Cayena al llamado Lamotte, reo de estado.

LUIS Es verdad.

CAPITÁN Yo obedecí, caballero, porque navegaba entonces bajo el pabellón francés, y yo, con patente de corso, ignoraba que... (Luis se le acerca más.) ¡el llamado Lamotte no había cometido otro crimen que el haber sido el afortunado amante de Blanca Suberville, vuestra hermana!

LUIS ¡Caballero!

CAPITÁN (Levantándose y tomando maquinalmente una de las pistolas.) ¡Buenas armas tenéis, señor conde!

LUIS ¡Y que están cargadas! Si queréis dar un paseo conmigo podemos ensayar su precisión.

CAPITÁN Gracias, señor conde; conozco estas pistolas. Son de la tienda de un maestro armero muy apreciado en París. Hace poco gané un par de ellas al coronel jefe del famoso regimiento austriaco. Habíamos apostado cortar doce balas, disparándolas sobre el filo de la hoja de un sable de Solingen, y partió las doce sin fallar una.

LUIS ¿Entonces podíais vos ganar? ¿Cómo?

CAPITÁN Porque las mías quedaron partidas por la mitad exactamente.

LUIS Eso no es óbice alguno para la proposición que os hago. ¡Sois un hábil tirador; eso es todo!

CAPITÁN ¡Y no quisiera partiros la cabeza de un balazo! (Pausa.) ¡Y qué excelente y bravo joven es ese Lamotte! Me contó toda su historia, cómo y cuándo se arraigó en su corazón un amor ardiente, profundo e irresistible, como el de Paolo y Francesca de Rímini y de Julieta y Romeo, y cómo vuestra hermana le repetía las pa-

labras de la joven de Verona: «¡Tuya o de la tumba!»

LUIS ¡Y él se alababa de eso!

CAPITÁN ¡Me ha relatado sus largas y repetidas instancias cerca de vuestra madre, la altiva marquesa de Suberville, vuestras reconvenciones e insultos, que él soportaba como si su corazón hubiese cesado de latir en su pecho! Me ha referido sus dolores, su desesperación, hasta que vuestra hermana le ordenó que dejase la Bretaña. ¡Oh! ¡Me ha confiado lo que pasó en su noche de despedida, noche de angustia y de amor!

LUIS ¡Y de vergüenza!

CAPITÁN Sí, verdad. Vosotros, las personas virtuosas, llamáis a eso vergüenza. ¡Cuando una joven a quien todos oprimen y nadie sostiene cede a los impulsos de la edad juvenil de su corazón amante! ¡Se separaron y él ha sucumbido! Vuestra madre, que hubiera podido salvar el honor de su hija si, cumpliendo deberes sacrosantos, no la hubiese alejado de ella—y cuidado que yo reconozco las virtudes de vuestra madre, como sé las desventuras de vuestra hermana,—vuestra madre, digo, es una señora altiva y severa, ¡más, quizás, de lo que debe ser una humana criatura, que tiene en su favor la ventaja de haberse conservado siempre inflexible! (Con ironía.) ¡Pero qué sabéis vosotros, pobres esclavos de la etiqueta y de la tradición, que sólo conocéis el valor y la dignidad en intrigas de la corte! ¡Qué sabéis lo que es amor, ni lo que es la lucha de la vida, si no habéis respirado otro ambiente que el de una atmósfera falsa, convencional, impregnada de las ridiculeces de una cortesía falaz y de una diplomacia caduca! ¡Qué sabéis vosotros lo que es la vida! ¡Sólo podéis inspirar

respeto y admiración a los infelices ignorantes que doblan la cerviz al brillo de vuestros títulos y vuestros millones!

LUIS ¡Oh! ¡Basta, caballero!

CAPITÁN ¡No basta! Escuchad. Cierta noche la marquesa penetró en la habitación de vuestra hermana, cuyos sollozos no podían ahogar los sufrimientos; pálida y y muda, se acercó a aquel lecho de su hija y le arrebató fríamente de sus brazos un niño que acababa de nacer, ¡y desapareció de la estancia como había entrado, impasible y muda como una estatua, sin desplegar sus labios de piedra! ¡La infeliz Blanca no pudo oponer ni un grito, ni una súplica, porque se desvaneció al ver entrar a la marquesa! ¿No es eso lo que pasó, señor conde? ¿Estoy bien informado, o es que he olvidado algún detalle de tan inflexible acto?

LUIS Ninguno.

CAPITÁN Así está consignado en las cartas de vuestra hermana, que Lamotte me confió al ir a ocupar un sitio entre los ladrones y asesinos de presidio, a fin de que yo las depositase en manos de la persona que las había escrito.

LUIS Dádmelas a mí, caballero, y yo os juro que serán devueltas a la que tuvo la imprudencia...:

CAPITÁN De corresponder a la sola persona que la ha amado en el mundo, ¿verdad?

LUIS Ya conocéis la importancia de esos papeles. Cumplid la misión de que estáis encargado entregándolas al punto a mi hermana o a mí.

CAPITÁN Con ese intento he desembarcado en Europa; pero hace quince días que al hojear una gaceta, en Brest, leí el anuncio del próximo casamiento del barón de la Taillade con la noble señorita Blanca de Suberville.

LUIS ¿Y qué halláis de raro en eso?

CAPITÁN Nada, conde; pero me asaltó un sentimiento de compasión que se ha arraigado en mi alma. He pensado que, puesto que todos se han olvidado del pobre huérfano, es necesario que si vuestra hermana se casa con el barón, yo me acuerde de ese inocente. Bastante bautismo de llanto es para el infeliz entrar en el mundo sin nombre, sin familia; pero a lo menos que no carezca de un poco de fortuna para vivir y conquistar un nombre en cualquiera de las manifestaciones del arte, de la ciencia o de la industria. Creo que esas cartas bien valdrán cien mil libras, ¿no es cierto, señor conde? ¡Y esa suma no creo que abra ninguna brecha al medio millón de renta que posee vuestra noble casa!

LUIS ¿Y quién me asegura que esas cien mil libras...?

CAPITÁN Tenéis razón, caballero. A cambio de una obligación extendida en regla, a nombre del joven Héctor de Lamotte, yo entregaré esas cartas.

LUIS Puesto que esto es simplemente una cuestión de dinero, lo mejor es que me mandéis un agente de negocios. La casa Suberville destina todos los años para limosnas el doble de la suma que vos reclamáis. (Va a la mesa y escribe.)

CAPITÁN ¡Caballero, no se trata de una limosna!

CRIADO (Entrando.) Señor conde.

LUIS No estoy en casa para nadie. ¡Déjame!

CRIADO Es que la hermana del señor conde...

LUIS ¡Que entre más tarde!

CRIADO Necesita hablar al señor conde al instante.

CAPITÁN No sea mi presencia obstáculo a ello. Volveré otro día.

LUIS No capitán; quedaos. Terminaremos este asunto, ya que en ello estamos. Voy

a recibir a mi hermana; pero como es completamente inútil el que la veáis ni habléis con ella... podéis entrar en ese gabinete. Seré breve. (Le indica una lateral.)

CAPITÁN Como queráis, caballero. (Mutis.)

LUIS (Al criado, que se va.) Que entre mi hermana.

ESCENA V

LUIS y BLANCA.

LUIS Entrad, Blanca, y decidme lo que deseáis. Estoy muy ocupado.

BLANCA ¡Ah! ¡En otro tiempo, Luis, no nos ocurría esto! ¡No permanecíamos—después de dos meses de ausencia—así, sin correr a abrazarnos a la llegada!

LUIS Sí; pero desde aquel tiempo han pasado muchas cosas entre nosotros.

BLANCA ¿Qué puede pasar entre dos hermanos, entre dos hijos de la misma madre, que llegue a separar la sangre de la sangre?

LUIS ¡Una falta!

BLANCA ¡Sois muy cruel, hermano mío! Sabéis que no puedo ir a implorar a mi madre, sabéis que ante ella yo tiemblo, y no acierto a proferir una palabra. Sabéis que mi sola esperanza está en vos, que no me veis al entrar con la alegría en el rostro y la alegría en los labios, sino con lágrimas en los ojos, el ruego en la boca, igual que entraría un acusado en el cuarto de un juez... ¡Sois muy cruel, cuando no tenéis ni una sola palabra de perdón o de cariño!

LUIS ¿Qué es lo que queréis?

BLANCA Saber si lo que me han dicho es verdad.

LUIS ¿Qué os han dicho?

BLANCA Que antes de quince días...

LUIS ¿Qué?

BLANCA El barón de la Taillade...

LUIS ¿Estará aquí? Es cierto.

BLANCA ¡Oh! ¡Dios mío!

LUIS Yo esperaba que habiendo tenido la precaución de anunciaros su llegada con dos meses de anticipación os habíamos dado tiempo suficiente de prepararos a recibirle, y olvidar...

BLANCA ¡El peligro que, en casos de muerte, se presenta a un ser humano le hace esperar gracia de indulto, aun al pie del mismo cadalso!

LUIS ¿Y qué?

BLANCA ¡Oh! Si tú me rogaras como yo te ruego, si no tuviera yo que pronunciar más que una palabra para devolverte la ventura, para salvarte de la desesperación, ¡oh, con qué gozo bendeciría al cielo por concederme el pronunciarla!

LUIS No depende de mí solamente. Es una cosa que mi padre desea, un proyecto formado por mi madre, una alianza necesaria al honor de nuestra familia.

BLANCA ¿Que mi padre lo desea? ¡Pluguiera al cielo que él pudiera desear algo! ¡Pobre padre mío! ¡Y que yo pudiera morir para alcanzárselo! ¿Un proyecto formado por mi madre? ¿Una alianza necesaria al honor de la familia! ¡A Dios gracias, nuestra familia es asaz poderosa, tanto en nombre como en riquezas, para recibir nuevo lustre con esa alianza, ni aunque fuera con un príncipe! ¡No es eso, Luis, no es eso! ¡Habéis hecho de mi mano una mercancía, me habéis vendido como una esclava que va, resignada, al sacrificio para satisfacer vuestra ambición! ¡Pero os habéis engañado, Luis! ¡En mi propia desgracia es donde hallaré valor! Soy vuestra hermana, es verdad, pero soy mujer, y por encima de la mujer está la madre, y esa es mi fuerza!

LUIS ¿De modo que estáis decidida a desobedecer a nuestra madre?

BLANCA ¡La noche última que Lamotte vino a verme esperaba un sacerdote para unirnos! ¡La anterior, él estaba a mis pies, loco, delirante, diciendo que yo no le amaba, pues le ordené que partiera! Yo rehusé el seguirle por no desobedecer a mi madre. ¡Pero aquella misma noche le juré que, si no podía ser su esposa, tampoco lo sería de nadie! ¡Y el juramento que hice al padre, lo repetí a mi hijo, sobre la cabeza del hijo de mis entrañas! ¡Y ese no es solamente un juramento de amante, es un juramento de madre! Si no me casé, vosotros tenéis la culpa, que lo recibisteis... a tiros, lo prendisteis, y lo mandasteis a presidio! ¡Es una declaración de guerra! Si esperáis que para limpiar el honor de nuestra familia manche yo a sabiendas la honra de un desdichado ofreciéndole mi mano para satisfacer sus brutales apetitos o su ambición desenfrenada, sí, ¡guerra es lo que os declaro! ¡Espero que la razón y la justicia estarán a mi lado! ¡Adiós, Luis! ¡Sed dichoso! (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA

LUIS. Luego, EL CAPITÁN.

LUIS ¡Pobre arbusto, que te crees una encina! ¡Oh! ¡Cuando la mano de una madre pese sobre ti, verás cómo doblas la cabeza y cómo caes de rodillas! (Al ver al capitán, que aparece.) ¡Ah! Preparad vuestras cartas, caballero. Voy a firmaros la obligación que me pedís.

CAPITÁN Es ya inútil, señor conde.

LUIS ¿Cómo?

CAPITÁN Yo daré a vuestro sobrino las cien mil libras y me encargaré de dar un marido a vuestra hermana. El que vos le proponéis no me sirve.

LUIS Pero ¿quién sois vos para disponer así en mi familia?

CAPITÁN ¿Quién soy? ¡Quien debe y quien puede! Ya os lo diré algún día para vuestro bien. Hoy no puedo. (Mirando el reloj.) Tengo que marcharme algo lejos. ¡Volveré!

LUIS ¿Me empeñáis vuestra palabra de que os veré en el plazo de quince días?

CAPITÁN Os la empeño. ¡Y sabed que el capitán Tormenta cumple siempre lo que promete, aun a riesgo de su vida! A pesar de cambiar de figura, compareceré siempre donde sea necesario, y aquí lo soy.

LUIS Pues hasta dentro de unos días, caballero.

CAPITÁN ¡Hasta dentro de dos semanas, señor conde! (Vase.)

LUIS (Viéndole salir.) ¡Me parece que tendré que andar a tiros con este hombre algún día!

TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Cabaña de Juan Martín. Puerta al fondo, por la que se ven los árboles del parque. A la derecha, una ventana. A la izquierda, una puerta con cortinas. Una mesa, dos sillas y un sillón. A un lado, un arcón de roble, dentro del cual hay varias prendas de vestir, que se indican en el diálogo. Sobre la mesa, libros, y una Biblia.

ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA y JUAN MARTÍN. Aparece la marquesa, y a poco entra Martín por el foro.

JUAN — Señora marquesa.

MARQUESA — ¿Sois vos, Martín? Hace media hora que os espero. ¿Dónde habéis estado?

JUAN — Si la señora marquesa hubiera andado cincuenta pasos más me hubiera encontrado cerca de la puerta del parque, debajo de la encina grande.

MARQUESA — Ya sabéis que nunca voy hacia ese lado.

JUAN — Señora, pensad que alguien que está allí enterrado tiene derecho a nuestras comunes plegarias, y que si hay otra vida, debe sufrir mucho de no recibir más preces que las del viejo Martín.

MARQUESA — ¿Quién os dice que yo no rezo por mi parte?

JUAN — Nadie. Pero yo creo que si algo de nosotros queda sobre la tierra, ese algo se estremecerá de contento al ruido de los

pasos de los seres que nos han amado en vida.

MARQUESA ¿Y si ese amor hubiese sido una pasión culpable?

JUAN No hay pasión culpable... si es que se ama. Y luego, ¿creéis que la sangre vertida y la muerte no han sido bastante expiación? Si culpa hubiese habido por parte de él, Dios ya le habrá perdonado.

MARQUESA Dios perdona, tal vez, pero ¿crees que el mundo perdonaría si supiera lo que Dios sabe?

JUAN ¡El mundo! ¡He aquí la gran frase salida de vuestra boca! ¡El mundo! ¡A ese ídolo es al que vuestro orgullo lo sacrificaría todo! ¡Sentimiento de amante, sentimiento de esposa, sentimiento de madre! ¡El mundo! ¡El os hace que vistáis de luto, detrás del cual esperáis ocultar vuestros remordimientos con la virtud!

MARQUESA (Levantándose.) ¡Habláis de un modo que parece tenéis que reprocharme personalmente alguna falta! ¿He faltado a ningún deber que cumplir con vos?

JUAN Perdonadme, señora; es la tristeza, es el aislamiento de la vejez lo que me impulsa a hablar así. Os habéis encargado de velar por mí, de que nada me falte, pero no debéis olvidar vuestra promesa.

MARQUESA Blanca acompaña con frecuencia hasta aquí al criado encargado de serviros, y he visto con placer el afecto que os tiene.

JUAN Sí; y yo tampoco he faltado a mis deberes después de veintiséis años que vivo alejado de los hombres, en esta cabaña; ¡a pesar de que temo, por las continuadas vigilias, que el delirio me arranque alguna indiscreción en mis noches de insomnio!

MARQUESA Sé que el secreto está bien guardado, pero también me asalta el temor de que un día

se pierda la reserva de veintiséis años. ¡ Porque creedme, que mis días sombríos y tristes son más terribles que los vuestros !... ¿Sabéis lo que es velar de continuo al lado de un insensato que cada vez que un destello de inteligencia ilumina su razón me reconviene por mi falta? Alejo de mi lado a mis hijos por alejarlos de su padre. ¡ Ellos no me conocen más que por el terror que les inspiro, porque cuando tiendo mis brazos, caen de rodillas a mis pies y me llaman señora ! ¡ Nunca me llaman madre !

JUAN Yo me estremezco al pensar que hay en el mundo un hombre que vendrá un día a pedirme le revele el secreto por el cual os lo he sacrificado todo, ¡ y a ese hombre no tengo derecho de callarle nada !

MARQUESA ¡ Sois muy cruel al decir eso a una madre ! ¡ Oh ! Martín, amigo mío, si un día se presentase, ¿no podría decírsele que su madre ha muerto, que ha ido al cielo a reunirse con su padre, pero que a su postrimer suspiro delegó para todo a la marquesa de Suberville, su íntima amiga, en la cual encontraría una segunda madre?

JUAN Vos podríais decirle eso, os conozco, y se lo diríais con voz entera. Vos podríais mirarle con el corazón frío y los ojos secos, no lo dudo, lo haríais, y le hablaríais sin que vuestras palabras fuesen las de: «¡ Hijo mío !» aun cuando este hijo vuestro fuese el de un hombre a quien amastéis mucho, ¡ tanto, que su amor os hizo olvidar los deberes más sagrados ! Pero yo, si le viera, yo no podría contenerme, y gritaría, echándome en sus brazos : «¡ Enrique ! ¡ Mi buen Enrique !»

MARQUESA Juan, yo he venido para deciros : ¡ Tened piedad de mí !

JUAN Si he sido fiel a lo prometido a la mar-

quesa de Suberville, fiel seré a las promesas que hice al conde de Breal. El día que su hijo venga a presentarme la prenda de su reconocimiento y reclamarme el secreto que guardo, yo se lo revelaré, señora. En cuanto a los papeles que justifican su nacimiento, ya sabéis que no pueden entregársele hasta después de la muerte de vuestro marido. El secreto está aquí. (Señala el corazón.) ¡No habrá poder humano que lo arranque! ¡Los papeles están en un armario, al lado de mi cama, cuya llave no se aparta de mí jamás!... ¡Sólo un ladrón o un asesino podría quitármela!

MARQUESA Pero podéis morir vos antes que el marqués. ¿Qué sería entonces de esos papeles?

JUAN El sacerdote que me asista en mis últimos momentos los recibirá bajo secreto de confesión; y éste cumplirá lo que yo hubiera cumplido.

MARQUESA Tú tienes mi secreto en tus manos; puedes hacer lo que quieras. ¡Tú eres el señor, yo soy la esclava! Adiós.

JUAN Permítame la señora marquesa acompañarla hasta el castillo.

MARQUESA ¡No, gracias! (Vase.)

ESCENA II

JUAN MARTÍN y EL CAPITÁN.

CAPITÁN Dios os guarde, anciano.

JUAN Perdón, caballero. ¿Quién sois? ¿A qué venís hasta mi cuarto? ¿En este sitio tan apartado del mundo?

CAPITÁN Por de pronto os diré que yo soy un ciudadano de la República de Platón, que tiene por hermanos a todos los hombres de buena voluntad, por patria el mundo,

y por toda propiedad una casa de madera que flota sobre las olas ¡y que conduzco allá donde se respira libertad, o hay que libertar a alguien!

JUAN ¿Qué buscáis aquí?

CAPITÁN Busco, a veinte leguas de Brest, y a doscientos pasos del castillo de Suberville, una cabaña que se parece a ésta mucho, y a un anciano que pudierais muy bien ser vos.

JUAN ¿Cuál es el nombre de ese anciano?

CAPITÁN Juan Martín.

JUAN No os engañasteis, yo soy.

CAPITÁN (Descubriéndose.) ¡Que la bendición del cielo desciende sobre vuestras canas! ¡Según una carta que yo creo de mi padre, dice que sois un hombre de bien, honradísimo!

JUAN (Emocionado.) ¿Y no encierra nada esa carta?

CAPITÁN Sí. Algo como la mitad de una moneda de oro, cuya otra mitad debéis tener vos.

JUAN (Tomando la moneda.) ¡Sí, esa es! Y más que eso aún. La semejanza es extraordinaria. ¡Su hijo! ¡Enrique! ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!

CAPITÁN ¿Qué tenéis?

JUAN Sois el vivo retrato de vuestro padre, y a vuestro padre le amaba tanto que hubiese dado por él mi sangre y mi vida! ¡Qué no haría yo por ti, que te he criado en mis brazos! Pídeme lo que quieras.

CAPITÁN Pues abrazadme, mi viejo amigo; que si por asemejarme a mi padre es necesario una conciencia pura, sin reproche, un valor a toda prueba y una frente que no se humilla jamás, vos lo habéis dicho: yo soy su vivo retrato, más aún por el alma que por el rostro.

JUAN Sí, todo eso reunía tu buen padre. La misma firmeza en el semblante, el mismo fuego en la mirada.

CAPITÁN Dice la carta que os busque al cumplir

los 25 años, y los he cumplido no ha mucho.

JUAN ¡Veinticinco años! ¡Hace ya veinticinco años! ¡Parece que fué ayer cuando naciste en esta cabaña; en esta misma estancia abriste los ojos a la luz del día!

CAPITÁN Y aquí viví hasta la edad de cuatro años, ¿no es eso?

JUAN Sí.

CAPITÁN ¡Oh! Dejad que reuna mis recuerdos de entonces. Me acuerdo de una alcoba que yo he visto mucho en mis sueños. Sí... esa es... Escuchad. Debe haber un lecho. Un crucifijo en el fondo.

JUAN ¡Sí!

CAPITÁN Un armario con libros, una Biblia entre ellos, con grabados.

JUAN Mírala. (Mostrándosela.)

CAPITÁN Sí, sí, es la misma. Espera. Después hay una ventana; desde la que se ve el mar y una isla.

JUAN La de Noirmantiers.

CAPITÁN ¡Ah! (Va a entrar, y Juan quiere seguirle.) ¡No, no! ¡Dejadme solo un instante! ¡Necesito estar solo!

JUAN ¡Oh! ¡Es un gran corazón! ¡Gracias, Dios mío, gracias! (Reaparece el capitán.)

CAPITÁN ¡Es la misma! ¡Todo está lo mismo! ¡Miradme, buen anciano, miradme! ¡Tanta impresión me ha causado la vista de esa alcoba, que ya lo veis: lloro y tiemblo al verla!

JUAN Tienes razón. Es a la vez cuna y sepulcro: donde tú naciste, y donde recibiste el último adiós de tu padre!

CAPITÁN ¿Es decir que ha muerto? ¡No me habían engañado mis presentimientos!

JUAN ¡Sí, muerto!

CAPITÁN ¿Me dirás cómo murió?

JUAN ¡Todo te lo diré, todo!

CAPITÁN Esperad un instante. Ahora no me siento con fuerzas para escucharos. Dejad que

me reponga. (Abre la ventana y mira.) ¡Qué hermosa es una tarde de otoño! ¡El sol desciende... desciende como para dormir en el mar! ¡El mar tranquilo, grande, inmenso como la eternidad! Mi padre murió valerosamente, ¿verdad?

JUAN — Sí.

CAPITÁN — ¡Yo no le recuerdo bien, pobre padre mío! ¡Como que sólo contaba cuatro años cuando le vi por última vez!

JUAN — Era un arrogante mozo, como tú, y justamente de tu edad actual.

CAPITÁN — ¿Cómo se llamaba?

JUAN — El conde de Breal.

CAPITÁN — Es uno de los nombres más esclarecidos entre los de la Bretaña. ¿Y... mi madre?

JUAN — La marquesa Suberville.

CAPITÁN — ¡Qué me decís! ¿Entonces Luis y Blanca son mis hermanos? ¡Ya lo había sospechado!

JUAN — ¿Conoces a Blanca?

CAPITÁN — La vi estando un momento en el castillo. ¡Ella no me vió!

JUAN — Tu padre y la marquesa eran novios desde los primeros años de su juventud. Yo no sé qué odio dividía a las dos familias y las separaba. El conde era muy liberal y enciclopedista. Un día tuvo que partir a Santo Domingo, donde su padre poseía haciendas. Yo le acompañé en su excursión, porque yo era el hijo de su nodriza y había recibido la misma educación que él; ¡me llamaba su hermano, y sólo nos separaba la desigualdad de clases, que él detestaba!

CAPITÁN — ¡Bravo!

JUAN — Regresó al cabo de dos años y se encontró con que la que él amaba se había casado con otro: el marqués de Suberville, el cual fué llamado a París por el cargo que ocupaba cerca del rey Luis XV. A causa de estar la marquesa muy deli-

cada vióse obligado a partir solo, dejando a su esposa, joven y bella, imposibilitada de seguirle, en ese castillo, cuyas torres se distinguen desde aquí. Y una noche, hace justamente veinticinco años, llamaron a esta puerta. Abrí, y entró tu padre, del brazo de una dama con el rostro velado. «Juan—me dijo,— tú puedes salvar el honor de esta señora, a quien amo. Monta a caballo, corre a la ciudad y tráete un médico.» Obedecí. El doctor fué introducido en esa alcoba, de la que salió pronto tu padre, llevándote en brazos, para entregarte a una nodriza que esperaba. La señora misteriosa que acababa de darte a luz fué trasladada, con el rostro cubierto y durante la noche, en una silla de manos, al castillo. Así transcurrieron cuatro años, cuando una noche llamaron otra vez a esta misma puerta, y era también tu padre, más calmado, pero más triste y sombrío que la primera vez. «Juan—me dijo,—mañana me bato con el marqués de Suberville. Es un duelo a muerte, sin más testigos que tú. Es cosa convenida. Dame hospitalidad por esta noche y tráeme con que escribir.» Así lo hice. Sentóse en el mismo sillón en que tú estás sentado, (Enrique se levanta y lo mira respetuosamente.) pasando toda la noche en vela. Al romper el día entró en mi alcoba, donde me encontró vestido, porque no me había acostado. Mientras tanto tú dormías tranquilamente.

CAPITÁN JUAN — ¿Y luego?

Tu padre te miró tristemente. «Si muero—me dijo,—para evitar cualquier desdicha que pudiera sobrevenir, lo enviarás a mi leal Fild, que está encargado de conducirlo a Escocia y depositarlo en manos seguras. A los veinticinco años, él te traerá la mitad de esta moneda de oro,

te pedirá que le reveles el secreto de su nacimiento y se lo revelarás. En cuanto a esos papeles que lo identifican, no se los entregarás hasta la muerte del marqués de Suberville. Ahora que todo está pronto, ¡vamos!» Se inclinó sobre tu cuna, y a pesar de que era muy hombre, yo vi las lágrimas rodar de sus ojos.

CAPITÁN Continuad. (Ahogado por la emoción.)

JUAN El lugar escogido era una alameda del parque, a cien pasos de aquí. Al llegar nos encontramos al marqués, y a su lado, en un banco de piedra, estaban dos pistolas cargadas. Los dos adversarios se saludaron sin pronunciar una palabra. El marqués señaló con el dedo las pistolas, cogió una cada uno, y se colocaron a treinta pasos de distancia. Partieron el uno al encuentro del otro. Aquél fué un momento terrible. Yo veía disminuir gradualmente el terreno que les separaba, hasta que llegaron a estar a diez pasos... Entonces el marqués se detuvo e hizo fuego. Yo miré a tu noble padre... con ansiedad, pero no vi en su semblante ni la contracción de un músculo, ni la menor alteración. Continuó marchando impávido y silencioso hacia el marqués... apoyó el cañón de su pistola sobre el pecho...

CAPITÁN ¡Ah! ¿Pero no le mató...?

JUAN Le dijo solamente: «¡Vuestra vida es ahora mía; yo podría quitárosla, pero prefiero que viváis, para que me perdonéis, como yo os perdono!» ¡Después de estas palabras echó un chorro de sangre por la boca y cayó muerto! ¡La bala del marqués le había atravesado el pecho!

CAPITÁN ¡Mi padre! ¡Padre mío! ¡Oh! y ese hombre vive, ¿no es cierto, Juan, que vive? ¡Sí! y yo puedo vengar en él la muerte de mi padre! Iremos a su encuentro y vos le diréis: «Es el hijo, es su

hijo, y es preciso que os bataís con él, señor marqués.»

JUAN ¡Dios se ha encargado de la venganza! ¡Ese hombre está loco! ¡Ah! Verdad. ¡Lo había olvidado! Y en medio de su locura ve perpetuamente aquella escena sangrienta, y diez veces al día repite las mismas palabras que al morir le dirigió tu padre.

CAPITÁN Por eso será que la marquesa no le deja un momento.

JUAN Sí, y he aquí porque, bajo el pretexto de que el marqués no quiere ver a sus hijos, ha alejado del lado del padre a Luis y a Blanca. ¡No le ven nunca!

CAPITÁN ¡Pobre hermana mía! ¡Y ahora quieren sacrificarla casándola contra su voluntad con ese miserable de La Taillade!

JUAN Sí; pero ese miserable, llevándose a su mujer a París, proporciona el mando de un regimiento de dragones a su cuñado. La marquesa, ahora, no teme la presencia de sus hijos; el secreto fatal sólo lo sabemos los dos viejos, que mañana, esta noche quizás, podemos morir, y entonces la marquesa gozará de la consideración del mundo, ¡que la señala como un modelo de amor maternal y de conyugales virtudes!

CAPITÁN ¡Qué! ¿Creéis que mi padre...?

JUAN Perdóname, es verdad. Yo no debo tildarla en nada. Olvida lo que te he dicho, pero tú mismo juzgarás su conducta. Solamente necesito que conste que la última voluntad de tu padre ha sido fielmente cumplida. El leal Fild vino en tu busca cuando eras niño. Partisteis los dos; han transcurrido veintiséis años, durante los cuales no he dejado de ir un día a rogar por ti sobre la tumba de tu padre. Mis preces han sido oídas, ¡Dios sea bendito! porque te he visto aquí. Tu

padre revive en ti, te hablo como si le hablara a él. Ya tengo lo bastante y puedo morir tranquilo.

CAPITÁN ¿Y por qué habláis de morir?

JUAN Porque tengo una afección de corazón muy grave, incurable, y en un ataque puedo quedarme.

CAPITÁN Yo os llevaré a París para que os vean los mejores médicos.

JUAN ¡Inútil! Cuida, en caso de muerte, que me entierren con tu padre. ¡Es lo único que te pido!

CAPITÁN No hablemos de esto. ¿Quién sabe el que ha de morir primero? Decidme: no tenéis, no conserváis algo de mi padre, a más de los papeles?

JUAN Sí. El vestido que llevaba la última vez que vino aquí, cambiándolo por otro muy sencillo que se ponía cuando venía de noche para ir a ver a tu madre.

CAPITÁN Enseñádmelo.

JUAN Mira. (Saca del arcón casaca, medias, todo bordado. Una insignia en una cinta azul, la espada de plata y una capa color carmín.) Esta era su capa.

CAPITÁN Color de sangre, como si fuera presagio de su muerte.

JUAN Su traje, su espadín, su insignia de caballero de la orden del Santo Espíritu.

CAPITÁN (Besándolo.) ¡Pobre padre mío! (A Juan.) ¿No os parece que me irían bien a mí estas prendas?

JUAN Como a él. Si quieres vestirlas me harás un señalado placer. Se me figurará que veo a mi buen amigo.

CAPITÁN ¡Juan! No lloréis, amigo mío. Ya me tenéis a mí, que, a más de amigo, soy... como si fuera vuestro hijo. Mirad, esta noche me las pondré, o mañana, cuando sea necesario. ¡Y servirán para salvar a mi hermana!

JUAN ¡Chist! (Escucha y mira por la ventana.)

CAPITÁN Alguien se acerca.

JUAN Debe ser un criado del castillo.

CAPITÁN Sí, y Blanca le acompaña. ¡Pobre Blanca! ¡Hermana querida! ¡Juan, dejadme aquí solo unos instantes con ella. ¡Quiero hablarle!

JUAN No olvides que tu secreto es el de tu madre.

CAPITÁN Tranquilizaos. No le hablaré más que del suyo. (Vase Juan Martín.) ¡Pobre niña! ¡El interés que hacia ella sentí ayer al verla por primera vez no era otra cosa que el presentimiento del cariño fraternal que le debo.

ESCENA III

Dicho, BLANCA y CRIADO, con un cesta.

BLANCA (Al criado.) Deja esas provisiones ahí y espérame en la puerta del parque. (Mutis el criado. Al capitán.) ¡Ah! Dispensadme, caballero. Creí hallar a Juan Martín.

CAPITÁN Está en esa alcoba, señorita.

BLANCA Gracias. (Entra en la alcoba.)

ESCENA IV

EL CAPITÁN, solo.

¡Cuán aislado y solo me encuentro! ¡Ah! ¿Cómo lo haría para poder decirle, estrechándola entre mis brazos: «Blanca: ninguna mujer me ha amado ni yo he amado, ni he sentido afección por ninguna hermana. ¡Ame con cariño fraternal, que yo soy hijo de tu madre!» ¡Oh! ¡Mi madre, al privarme de su amor, me ha privado igualmente del amor de ese ángel!

ESCENA ÚLTIMA

El mismo y BLANCA.

BLANCA (Hablando desde la puerta.) Adiós, Martín; he querido venir yo misma porque ¡quién sabe cuando podré volver a veros! (Medio mutis.)

CAPITÁN ¡Blanca! (Blanca se vuelve, extrañada, y después de mirar a Enrique va a salir resueltamente.) ¡Blanca! ¡No habéis oído que os llamo?

BLANCA Verdad que habéis pronunciado mi nombre, caballero; pero no sé quien sois. ¡No os conozco!

CAPITÁN Pero os conozco yo. Sé que sois desgraciada, sé que no tenéis a vuestro lado un leal corazón en quien depositar vuestros pesares, ni un brazo que pueda prestaros apoyo.

BLANCA ¡Caballero! ¿Olvidáis con quien estáis hablando?

CAPITÁN ¡Oh! No. Lejos de olvidarlo, me considero obligado a deciros... Blanca, soy un amigo leal, vuestro servidor más adicto y desinteresado.

BLANCA ¿Me permitiréis que os pida una prueba concreta para demostrarme evidentemente esa amistad y esa adhesión que manifestáis?

CAPITÁN ¿Y si os diese esa prueba?

BLANCA ¿Vos?

CAPITÁN ¡Irrecusable!

BLANCA ¡Ah! Entonces...

CAPITÁN Oidme: vos lleváis en el brazo izquierdo un brazalete.

BLANCA ¿Quién os lo ha dicho?

CAPITÁN Ese brazalete se cierra con una cerradura que sólo se abre por medio de un adorno que está en una sortija.

BLANCA ¡Dios mío!

CAPITÁN Existe un hombre a quien vos, en una

noche de postrera despedida, jurasteis que mientras esa sortija...

BLANCA No sería de otro hombre. Seguid...

CAPITÁN ¿Conoceríais está sortija? (Se la enseña.)

BLANCA ¡Dios de misericordia! ¿Es que él ha muerto?

CAPITÁN No, Blanca, él vive y os ama.

BLANCA Pues si vive y me ama, ¿cómo está esa sortija en vuestras manos?

CAPITÁN Porque, desterrado y encarcelado, ha creído un deber de delicadeza devolveros la palabra de vuestro juramento, y que así podáis disponer de vuestro corazón libremente.

BLANCA ¡Oh! ¡Cuando una mujer ha hecho por un hombre lo que yo he hecho por él, no debe amar más que a ese hombre, y no pertenecer más que a él o a la tumba!

CAPITÁN ¡Oh! ¡Blanca, sois un ángel!

BLANCA Mas decidme: ¿le habéis visto?

CAPITÁN Sí. Yo fuí el encargado de conducirlo a Cayena. Durante la travesía, él me lo dijo todo. ¡Entonces comprendí que me habían convertido, sin yo saberlo, en un instrumento de venganza, y no en un auxiliar de la justicia! Entonces pensé que cumplida la orden yo debía hacer justicia, no como la hacen los tribunales, sino a mi manera. Y por medio de mis marineros le hice escapar de Cayena, y desembarcamos en costas francesas. Fuímos a París, pero yo le recomendé que no se exhibiera y me marché a Brest. Allí supe que en París, el barón de la Taillade, que lo reconoció, volvió a pedir otra carta de encarcelamiento y lo hizo encerrar en la Bastilla.

BLANCA ¡Miserable!

CAPITÁN Después supe, leyendo una gaceta, que vos contraíais matrimonio con dicho señor, y creyendo esto imposible, me fuí a vuestro castillo para saberlo. Aquí he sa-

bido que vos no queríais, y puse un gran obstáculo para ganar tiempo, para tener lugar de libertar a Lamotte.

BLANCA ¡Ah, señor! ¡Dejad que bese vuestras manos! ¿Pero cómo vais a libertarlo?

CAPITÁN ¡Venid a mis brazos, Blanca, sois una santa! Confiad en mí. Vengo de París. Los Estados generales, que se han reunido a instancias de Necker, se declaran en Asamblea Constituyente. Necker me quiere mucho y tengo muchos amigos entre los diputados. ¡Conseguiré su libertad, creedlo!

BLANCA ¿Y no me despreciáis por mi falta?

CAPITÁN ¡Oh! ¡Nunca! Si yo tuviera una hermana desearía que se os pareciese.

BLANCA ¡Tendríais una hermana harto infeliz!

CAPITÁN Es posible; pero haría todo lo del mundo para que fuera dichosa.

BLANCA ¿Pero vos no sabéis...?

CAPITÁN Decid...

BLANCA Que el barón de la Taillade debe haber llegado ya, a estas horas.

CAPITÁN Ya lo sé.

BLANCA Que esta noche se firman los contratos.

CAPITÁN ¿Y firmaréis?

BLANCA ¡Me forzarán a ello!

CAPITÁN ¿No os sentís con fuerzas para resistiros?

BLANCA ¡Sólo me siento con fuerzas para morir!

CAPITÁN ¡Pobre Blanca! ¡Tened valor!

BLANCA ¿A quién puedo yo recurrir? ¿A quién implorar? ¿Mi hermano? ¡Dios sabe bien que le perdono, pero su alma es incapaz de comprenderme! ¿Mi madre? ¡Oh! Caballero, vos no conocéis a mi madre. Es una mujer de virtud severísima, de voluntad inflexible, y diciendo ella: «¡Yo lo quiero!», no queda más recurso que llorar y obedecer. ¿Mi padre? ¡Tal vez no sepáis que es un pobre insensato, privado de su razón, y con ella perdido todo sentimiento de amor paternal! Diez años

hace que no he podido estrechar sus manos temblorosas entre las mías, que no he podido besar sus cabellos blancos! ¡Ignora él mismo si tiene corazón, si tiene familia, si tiene hijos! Si me viese, de fijo no me reconocería, y si me conociese y tuviese piedad de mi desventura, mi madre pondría una pluma en sus dedos y le diría: «¡Firma! ¡Yo lo quiero!» ¡Y el pobre viejo firmaría! ¡Yo estoy condenada a la desesperación!

CAPITÁN ¡Blanca, sosegaos! Yo estaré presente a la firma del contrato, y os juro que no se firmará!

BLANCA ¿Y quién os introducirá en el castillo?

CAPITÁN ¡Mi valor!

BLANCA ¡Oh! ¡Será excusado! Mi hermano es muy ambicioso, y con mi matrimonio abre la puerta a su insaciable ambición. ¡Tendréis que arrostrar un duelo a muerte! ¡Oh, caballero, caballero! ¡Qué desdicha!

CAPITÁN Descuidad. Vuestro hermano ha de serme sagrado, como vos misma lo sois para mí. No temáis nada.

BLANCA ¡Me hacéis estremecer!

CAPITÁN ¿Qué pensáis hacer con el barón?

BLANCA Pedirle me conceda una entrevista.

CAPITÁN ¿Y en esa entrevista...?

BLANCA Confesárselo todo. ¡La verdad!

CAPITÁN ¡Oh! ¡Dejadme admiraros de rodillas!

BLANCA ¡Caballero!

CAPITÁN Sí, como a una hermana.

BLANCA ¡Oh! ¡Cuán bondadoso sois! ¡Creo que Dios os envía! ¿De modo que esta noche...?

CAPITÁN No os aturdáis ni atemoricéis por nada. Tratad sólo de hacerme comprender con una palabra el resultado de vuestra conversación con La Taillade.

BLANCA Bien, adiós.

CAPITÁN Adiós.

BLANCA (Estrechándole la mano, conmovida.) Adiós, caballero, o amigo, que no sé qué nombre daros.

CAPITÁN Llamadme vuestro hermano.

BLANCA ¡Pues adiós, hermano mío!

CAPITÁN Adiós, hermana. (Mutis Blanca.) ¡Tú eres la primera que me has hecho oir tan dulce palabra! ¡Dios te lo recompense! (Llamándole.) ¡Martín! (Se presenta Juan.) ¡Ahora, condúceme a la tumba de mi padre!

TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Gran salón de planta baja con puerta vidriera que da al parque, el cual se distingue a través de los cristales y cuando se abre la puerta. A un lado, otra puerta que conduce a la biblioteca del castillo. Al otro lado, una que conduce a las habitaciones. Lujosos muebles. Chimenea con candelabros encendidos. Todo estilo Luis XV.

ESCENA PRIMERA

LUIS y EL BARÓN. Después, CELESTINO.

LUIS — Permitidme, carísimo barón, que os haga los honores al estilo de nuestros antepasados.

BARÓN — Por mi honor os afirmo que es un alcázar magnífico. Trasciende a baronía a tres leguas a la redonda. Si algún día cayera en desgracia cerca de S. M. os rogaría me permitieseis refugirme en este precioso estuche.

LUIS — Mirad los cuadros y los escudos de esta ilustre familia, de cuya rama masculina es el representante vuestro más humilde y obediente servidor Luis de Suberville.

BARÓN — ¡ Digno representante, a fe mía !

LUIS — Sí, pero os confieso que aun no me siento con bastante fe patriarcal para pasarme la vida en esta sociedad, por lo que espero, barón, que haréis lo posible para arrancarme de estos terruños.

BARÓN Me ocupo de ello asiduamente, y si no os he traído ya el nombramiento de coronel que deseáis, ha sido por estar ya acordado para un hermano de no sé qué almirante misterioso, especie de corsario o pirata, el cual goza de un influjo muy poderoso entre los diputados de los Estados generales. Hasta creo que le han condecorado con la orden del Santo Espíritu, esa orden que antes no se concedía más que a la nobleza antigua. Pero si ha fallado por este lado, ya buscaremos por otro.

LUIS ¿Y la cruz?

BARÓN Eso es cosa fácil. Tengo la promesa del señor de Vauderail.

LUIS Muy bien. Ya comprenderéis que importa poco el arma que sea. Lo que quiero es un alto grado militar que poder enlazar a mi nombre.

BARÓN Perfectamente.

LUIS ¿Y cómo habéis salido de vuestros empeños?

BARÓN Pues diciendo la verdad; anunciando públicamente que me casaba.

LUIS Valor se necesita, sobre todo si habéis declarado que habíais elegido esposa en un rincón de la Bretaña.

BARÓN Lo he confesado así.

LUIS Y entonces, la compasión habrá reemplazado a la cólera.

BARÓN ¡Ja, ja! ¡Veo que lo entendéis! Nuestras damas están en la persuasión de que el sol sale por París y se pone en Versalles. El resto de Francia es como si fuese la Laponia. De modo que esperan ver llegar algo desconocido, un ser con las manos tremendas y pies descomunales. Y ya veis cuánto se engañan, porque, según me habéis dicho, vuestra hermana es bonita.

LUIS Ya lo veréis. (A Celestino, que entra.) ¿Qué hay?

CELES. La señorita Blanca pide al señor barón de la Taillade el honor de una entrevista particular.

BARÓN ¿A mí? ¡Qué fortuna!

LUIS En esto debe haber error. Tal vez os habéis equivocado, Celestino.

CELES. Tengo el honor de asegurar al señor conde que es la orden que me ha dado.

LUIS En este momento no podemos recibirla.

BARÓN No, amigo mío, al contrario. Celestino, dí a mi bella futura que estoy a sus pies cuando guste. Y vos, conde, creo que tendréis en mí la confianza suficiente para permitirme...

LUIS Es una ridiculez de una muchacha.

BARÓN Es conveniente. Yo no soy como una testa coronada. Deseo verla personalmente. Con franqueza, decidme: ¿es fea? ¿defectuosa?

LUIS Eso no, pardiez, que es hermosa como un ángel.

BARÓN Pues entonces, ¿qué significa esto? ¿Será preciso que llame a mis guardias de corps?

CELES. (Reapareciendo.) Ya está aquí.

BARÓN Que entre. (Vase Luis y entra Blanca.)

ESCENA II

BARÓN y BLANCA.

BARÓN Dispensadme, señorita. Era a mí a quien tocaba solicitar el alto honor que me hacéis; pero el temor de ser indiscreto...

BLANCA Yo os agradezco esta delicadeza, caballero, y eso aumenta la esperanza que he puesto en vos.

BARÓN Cualquiera que sea esa esperanza me honra muchísimo, y he de procurar ha-

cerme digno de ella. (A fe mía que Luis tenía razón. ¡Es muy bella!)

BLANCA Lo que tengo que deciros, señor barón... Dispensadme... ¡pero no soy dueña de mí! (Se apoya en un sillón, vacilante.)

BARÓN ¡Pues qué! ¿Es cosa tan difícil? ¿O es que mi aspecto os intimida? Sosegaos. Hablad. (La toma de la mano.) (¡Oh, es una figura adorable!) Tenéis una mano que podría llamarse real.

BLANCA Esas son frases puramente galantes. (Retira la mano.)

BARÓN No, por mi honor. ¡Son la expresión de la verdad, señorita; os lo juro!

BLANCA Yo espero que dejaréis de mirar el matrimonio como una cosa harto grave para tomarla a risa, y confío que, como caballero y hombre de honor, desearéis, sobre la unión proyectada entre los dos, las más nobles aspiraciones y estricta reciprocidad de sentimientos.

BARÓN Espero, sobre todo, ser digno de vos y merecer vuestro... ¿cómo diría yo?... vuestro amor. Mi nombre, mis títulos y mi posición social me hacen, a lo menos, digno de... si no de vuestro corazón, de vuestra mano.

BLANCA ¡Difícil es separar la una del otro!

BARÓN Las tres cuartas partes de las bodas del día se hacen así. Se desposan, el hombre, para tener esposa, y la mujer, para tener marido. Es un convenio social, un estado civil. ¿Cómo queréis que el sentimiento del amor se identifique con todo eso?

BLANCA Dispensadme. Si yo, descendiendo hasta el fondo de mi corazón e interrogando a mis sentimientos... viese la imposibilidad de poder amar nunca como es debido...

BARÓN No había necesidad de decírmelo.

BLANCA ¿Por qué?

BARÓN Porque... porque es demasiada... exigencia.

BLANCA ¿Y si os dijera que he amado a otro hombre... que le amo todavía, que le amaré siempre?

BARÓN Vamos, sí, la historia consabida. Algún primito... un cariño de la infancia... ¿no es eso? ¡Es una raza maldita, la de los primos!... Se entrometen en todas partes y nos levantan de cascos a todas nuestras esposas. ¡Ya se sabe! No hay colegiala que al concluir sus vacaciones no regrese al colegio con un amorcillo en su corazón.

BLANCA Desgraciadamente para mí, yo, yo no soy una de esas colegialas, caballero; porque, aunque joven todavía, he pasado ya de la edad de los juegos juveniles y las inclinaciones de la infancia. Cuando así hablo, al hombre que me ha hecho la honra de solicitar mi mano, de mi amor hacia otro hombre, debe convencerse de que le hablo de un afecto grave, ¡un amor profundo, eterno! ¡de uno de esos amores que dejan huella honda en el corazón, en nuestro tránsito por esta vida!

BARÓN ¡Demonio! ¿Tan seria es la cosa? Pero, veamos: ¿se trata de un hombre con quién se pueda alternar decorosamente?

BLANCA ¡Oh, sí, es el mejor y más bondadoso!

BARÓN No, no hablo de sus afectos del corazón. Los posee todos, convenido. Quiero decir si pertenece a la nobleza de raza, a quien una señora casada pueda tener como amigo, sin detrimento del rango del marido... Porque... en fin, no todos tienen el desenfado del duque de Longville, que él mismo elogía los amantes a su esposa. ¡Ay! perdonadme. Bien... dejaremos pasar seis meses, para cubrir las apariencias... él adquirirá relaciones en la corte... luego, un día, se hará presen-

tar a vos por un amigo de la casa... y todo queda arreglado.

BLANCA Pero... o yo no he oído bien... o... En fin, no comprendo, caballero.

BARÓN Vos tenéis vuestros compromisos; yo también tengo los míos. Eso no debe ser obstáculo a un enlace de conveniencia por todos conceptos, y que debe realizarse, y una vez realizado, es preciso hacerlo más soportable.

BLANCA (Retrocediendo horrorizada.) ¡Ah! ¡Jesús! Ahora veo cómo interpretáis mi entrevista. ¡Jamás hubiera creído que fueseis capaz de lanzar sobre mí tamaña injuria! ¡Oh! el rubor de la vergüenza siento que quema mi frente, ¡y más por vos que por mí! Sí, os comprendo bien, ahora. La falsedad, la hipocresía; un amor aparente y el otro oculto. El semblante del vicio encubierto con la máscara de la virtud. ¡Oh! ¿Y es a mí, a la hija del marqués de Suberville, a quien osáis proponer semejante vileza? ¡Qué infamia, Dios mío!... ¿Soy una criatura tan desdichada para que me traten como a una mujer perdida? ¡Ay de mí! (Se desvanece en un sillón.)

BARÓN ¡Se ha desmayado! ¡Por vida del dios Baco! ¡Luis! (Llamándole.)

ESCENA III

Dichos y LUIS.

BARÓN Querido cuñado, vuestra hermana se conoce que sufre frecuentes espasmos. Tened cuidado con ella, que estas dolencias suelen hacerse crónicas. Madame Meulan murió de eso. Tomad mi frasquito, hacédselo aspirar. (Le da un frasquito y se va.)

ESCENA IV

LUIS y BLANCA.

LUIS ¡Blanca! ¡Blanca! ¿Qué es eso? ¿Por qué lloras? Vaya, sosiégate... Se acerca la hora. Ya hay gente en el salón. El notario también ha venido. Nuestro padre va a bajar.

BLANCA ¿Mi padre? ¿Estás seguro?

LUIS Sí, es necesario, Blanca.

BLANCA ¡Oh! sí. ¡Mi padre! ¡El es mi único recurso, mi postrera esperanza! ¡Dios mío, infúndeme aliento! (Vase izquierda.)

LUIS ¡Pobre hermana! Mejor sería que le pidieras que devolviese la razón a nuestro padre... Pero allí veo al barón conversando con M. de Saint-Pol. (Sale a su encuentro.)

ESCENA V

Dichos. EL BARÓN y SAINT-POL.

BARÓN Pues os digo que es interesante y curioso. ¡Conde! (Llamando a Luis.) Oid lo que dice el señor de Saint-Pol. Es preciso que digáis a vuestro administrador que lo experimente en vuestros estanques.

LUIS ¿Y qué es?

BARÓN ¡Una nueva manera de cazar patos, deliciosa!

S. POL ¡Y que se cogen muchísimos! Figuraos que el cazador se mete en el agua hasta el cuello.

LUIS ¿En qué estación?

S. POL Lo mismo da enero que febrero.

LUIS ¡Cáspita!

CELES. (Anunciando.) ¡Mr. de la Barraque! (Aparece éste con un gran abrigo de pieles.)

BARÓN Este sí que no se metía a cazar patos por ese sistema.

S. POL ¿Quién es?

LUIS El señor de la Barraque; un viajero perpetuo.

ESCENA VI

Dichos, LA BARRAQUE.

BARRA. Señores...

LUIS ¡Oh, carísimo La Barraque! ¿Pero cómo venís tan cubierto de pieles?

BARRA. No lo extrañéis, señor conde.

LUIS ¡Por vida mía! Parecéis el gran czar de todas las Rusias.

BARRA. ¡Ah! acabo de llegar de Nápoles.

BARÓN ¿De Nápoles? ¡Pues nadie lo diría!

BARRA. Pues sí, de Nápoles directamente; y me encuentro muerto de frío, en esta dichosa Bretaña.

S. POL ¿Habéis visto el Vesubio?

BARRA. De lejos. Es cosa que no merece la pena de hacer un viaje por verlo. ¡Una montaña que humea! Una chimenea que funciona constantemente. ¡Y mi mujer tiene un miedo invencible a las erupciones!

LUIS (Bajo al barón.) ¿Qué os parece el testigo?

BARÓN No sé si será porque le he visto antes, pero me gusta más el primero.

LUIS ¿Si fuéramos a dar una vuelta por el castillo? Os haré ver los salones y las preciosidades que contiene.

LOS OTROS Vamos, conde; os seguimos. (Vanse por una lateral.)

ESCENA VII

EL CAPITÁN, por el foro, embozado en la capa carmesí. Se dirige a la biblioteca, por donde se asoma Blanca, y dice:

CAPITÁN ¡Ah, Blanca! Os buscaba.

BLANCA Se lo he dicho todo.

CAPITÁN ¿Y él?

BLANCA Nada. Dentro de media hora firmará el contrato de boda.

CAPITÁN ¡Ah, miserable!

BLANCA ¿Qué hacer?

CAPITÁN Revestiros de valor.

BLANCA ¡Valor! ¡ay de mí! Ya no puedo más.

CAPITÁN Tomad este papel y os infundirá ánimo.

BLANCA ¿Qué contiene este papel?

CAPITÁN El nombre de la aldea donde os espera vuestro hijo, las señas de la nodriza en cuya casa está oculto el niño. ¡Y sabed que Lamotte vive y pronto estará libre! Yo le haré salir de la Bastilla.

BLANCA ¡Oh! sois un ángel. (Le besa la mano.)

CAPITÁN ¡Silencio! Para cualquier cosa que ocurra, haced que me busquen en la cabaña del viejo Martín. Allí estaré toda la noche.

BLANCA Conformes. (Entra en la biblioteca. El capitán va a salir y aparece por una lateral Luis. El capitán se para y aparta la capa para que le vea bien. Luis le reconoce.)

ESCENA VIII

EL CAPITÁN y LUIS. Al final, CELESTINO.

LUIS ¡Ah! francamente, no os reconocería con ese traje de corte, caballero.

CAPITÁN Ya os dije que cambiaba de aspecto a voluntad. Hoy me llamo el caballero Salvador. Y vedlo, vengo con la gran cruz del Santo Espíritu, que es el que me guía al asistir a esta ceremonia cristiana.

LUIS Pues confieso que yo no os esperaba, y menos bajo ese aspecto, ni a esta hora, con tanta gente.

CAPITÁN Hoy cumplen las dos semanas. Por lo demás, me parece que estamos bien solos.

LUIS Sí. Pero dentro de un momento estará el salón lleno y...

CAPITÁN Pues en un momento pueden decirse y hacerse muchas cosas.

LUIS Tenéis razón, pero sería preciso hablar más en un momento libre para poder hacerlas, estas cosas. Más os diré...

CAPITÁN. Ya os escucho. (El barón se asoma y escucha sin ser visto.)

LUIS Me hablasteis de ciertas cartas...

CAPITÁN Sí.

LUIS Fijasteis un precio por ellas.

CAPITÁN Sí.

LUIS ¿Y estáis pronto a entregármelas por ese precio?

CAPITÁN Conde, aplazad hasta mañana la firma del contrato de boda y concededme una entrevista esta noche, que tenemos que hablar de esto.

LUIS (Altivo.) ¡La firma del contrato no puede aplazarse, y la entrevista es inútil, pues ya la estamos celebrando en este instante! ¿Dais las cartas?

CAPITÁN Oidme.

LUIS (Impaciente.) ¿Me dáis las cartas, sí o no?

CAPITÁN (Sereno.) No.

LUIS ¿No? ¡Decidme, pues, a qué hora nos podemos dar un paseo por el parque los dos solos.

CAPITÁN Lamento en el alma no poder acceder a vuestro deseo, conde.

LUIS ¡Es que no me habéis comprendido!

CAPITÁN Os he comprendido perfectamente.

LUIS El paseo que os propongo no es otra cosa que...

CAPITÁN Que un desafío.

LUIS ¿Y lo rehusáis?

CAPITÁN ¡No puedo batirme con vos! ¡Para mí sois sagrado!

LUIS ¿Que no podéis, decís?

CAPITÁN No. ¡Palabra de honor!

LUIS ¿Que no podéis batiros conmigo? ¿Tenéis miedo?

BARÓN (Soltando un carcajada.) ¡Ja, ja, ja, ja!

CAPITÁN (Volviéndose.) ¡Pero sí puedo batirme con este señor, que es un canalla y un infame!

LUIS ¿Sabéis lo que estáis diciendo?

CAPITÁN Perfectamente. (Al barón.) Estabais escuchando, ¿no es eso? ¡Eso es lo que hace un canalla!

BARÓN Siento que no sepáis que yo no necesito que se me insulte para obligarme a un lance de honor.

CAPITÁN Pues no olvidéis que, como ofendido, tenéis la elección de sitio, armas, y hora. Y os ruego que sea pronto. Vale más que dejéis a Blanca soltera que viuda.

BARÓN El conde arreglará eso con los padrinos.

CAPITÁN Silencio. Vienen.

LUIS (Como espantado, al capitán.) ¿Os quedáis?

CAPITÁN Sí. Me quedo.

LUIS ¿Aquí?

CAPITÁN En la biblioteca, si os parece mejor. (Entra en ella.)

CELES. (Anunciando.) Los invitados.

LUIS Que pasen.

ESCENA IX

Dichos, UN NOTARIO, con el contrato, que pone encima de la mesa. UN ABATE, SAINT-POL, LA BARRAQUE, señoras y nobles. Luego, LA MARQUESA.

CELES. La señora marquesa de Suberville.

MARQUESA (Entrando por el foro y saludando.) Señores: os quedo sumamente agradecida a todos los que me honráis, asistiendo a este acto solemne de los esponsales de mi hija con el señor barón de la Taillade. El marqués, a pesar de la dolencia que sufre, desea asistir también, y como no puede daros las gracias por el triste estado en que se halla, lo hago yo en su nombre, rogándoos que le dispenséis.

BARÓN Todos sabemos, señora, la desgracia que pesa sobre el noble marqués, admirando en vos la abnegación de la virtuosa esposa, que por espacio de veintiséis años comparte, con santo afecto conyugal, la desventura de su esposo.

LUIS Ya lo veis, madre mía : todos se inclinan ante vos como una santa.

MARQUESA (A media voz.) (¿Y Blanca?)

LUIS (Idem.) (Allí está, y vendrá dentro de poco.)

MARQUESA Mandad que la prevengan. (Mutis Luis.)

CELES. (Anunciando.) El señor marqués de Suberville.

ESCENA X

Los mismos, EL MARQUÉS en traje de corte, con la condecoración de San Luis, y dos lacayos, que le sostienen y le sientan. Mira atónito a todos lados y va a sentarse junto a la mesa exhalando un suspiro. Todos se inclinan.

NOTARIO ¿Se procede a la lectura del contrato?

MARQUESA Es inútil, puesto que las partes interesadas conocen perfectamente sus cláusulas. Señor notario, podemos proceder a las firmas. (La Barraque y Saint-Pol firman y pasan a la derecha.)

LUIS (Entrando con Blanca.) Aquí está mi hermana Blanca.

BLANCA Señora... (A su madre.)

MARQUESA (Con ademán severo.) A vosotros os toca ahora.

LUIS (Firma y da la pluma al barón.) Vos, señor barón.

BARÓN (Firma y pasa al lado de La Barraque.)

MARQUESA ¡Ahora vos, hija mía !

BLANCA Señora...

MARQUESA (Imperiosa, dándole la pluma.) ¡ Firmad, os digo !

BLANCA ¡ No, no ! ¡ Jamás ! (Se dirige al marqués.) ¡ Padre ! ¡ Padre amado ! ¡ Tened piedad de mí !

MARQUESA (A media voz, inclinándose.) ¿Qué hacéis? ¿Estáis demente?

BLANCA (Arrodillada.) ¡ Padre mío !

MARQUÉS ¿Quién me llama? ¿Qué voz es ésa? ¿Quién es esta joven que está a mis pies? ¿Qué me quiere?

MARQUESA ¡ Blanca !

BLANCA ¡ Señora, ya que no puedo dirigirme a vos, dejadme que implore a mi padre ! A no ser que queráis que invoque la protección de la ley. (Señalando al notario.)

MARQUESA (Con sonrisa forzada.) Dispensad, señores, esta inesperada escena de familia, que si es tolerable para nuestros parientes, es fastidiosa para los extraños... Servíos, señores... pasar a la estancia inmediata. Mi hijo os hará los honores. Perdonad, señor barón.

BARÓN Señora... (Inclinándose y volviéndose luego a La Barraque.) ¿Conque decíais que la señora La Barraque le tiene horror al mareo? ¡ Vaya, vaya ! (Vanse.)

ESCENA XI

MARQUÉS, BLANCA y MARQUESA.

MARQUESA Y ahora que no hay aquí más que el derecho de quien manda, ¡ señorita, firmad !

BLANCA ¡ Por piedad, señora !

MARQUESA ¡ Pronto, obedeced ! (Cogiéndola de un brazo.)

BLANCA (Arrojándose abrazada a su padre.) ¡ Padre ! ¡ Padre mío ! ¡ Piedad ! ¡ Piedad para mí ! ¡ No permitáis que después de diez años que no os veía, me arranquen de vuestros brazos sin que lleve el consuelo de vuestros besos paternales ! ¡ Oh ! ¡ Padre ! ¡ Padre de mi corazón ! ¡ Soy yo ! ¡ Soy Blanca, vuestra hija !

MARQUÉS ¿Qué voz tan dulce suena en mis oídos? ¿Quién es esta niña que me llama su padre?

MARQUESA ¡ Es una voz que se revuelve contra los

deberes más sagrados! ¡Es una hija rebelde!

BLANCA ¡Oh! ¡Padre querido! ¡Miradme, padre! ¡Salvadme! ¡Por el cielo, defendedme! ¡Soy Blanca!

MARQUÉS ¿Blanca? ¡Sí, yo tenía una hija de ese nombre!

BLANCA ¡Soy yo, padre! ¡Yo soy vuestra hija!

MARQUESA ¡No hay más hijos que los obedientes a los padres! ¡Obedeced, si queréis tener el derecho de llamaros nuestra hija!

BLANCA Padre mío, a vos sí os obedeceré. ¡Pero no me abandonéis... no permitáis que a vuestra hija la casen por fuerza con un malvado... y toda su vida sea desgraciada!

MARQUÉS ¡Oh! ¡Ven, ven! ¡Ah, qué sensación de consuelo tan deliciosa experimenta mi alma! ¡Calla! ¡Me parece que me acuerdo..., sí!

MARQUESA ¡Marqués!...

MARQUÉS ¡Cuidado, señora! Os digo que vuelven mis recuerdos pasados. ¡Silencio!... Habla, dime, hija, ¿quién eres?

BLANCA ¡Soy una desventurada!

MARQUÉS ¡Ah! ¡Todos son aquí desgraciados! ¡El joven y el anciano! ¡Ah! ¡Cuánta desventura!

MARQUESA Marqués, mejor es que volváis a vuestras habitaciones. ¡Es preciso!

MARQUÉS Sí, para encontrarme allí frente a frente con vos, ¿no es eso? ¡Como siempre! ¡Para vos soy yo bueno tan sólo cuando estoy sumido en la locura!

BLANCA ¡Oh! ¡Padre mío! ¡Si queréis, yo estaré a vuestra lado, sin separarme jamás, ni de día ni de noche!

MARQUÉS ¡Oh! ¡No tendrías valor para ello!

BLANCA Sí, padre, sí lo tengo, y lo haré, como es el deber de toda buena hija.

MARQUÉS Si tú eres mi hija, ¿por qué has pasado diez años sin que yo pudiera verte?

BLANCA ¡Porque me decían que vos no queríais verme, que vos no me amabais!

MARQUÉS (Cogiéndole la cabeza con sus manos.) ¿Yo? ¿Que yo no quería verte? ¡Angel mío! ¿Quién podrá afirmar que un condenado se niegue a ver el Paraíso? ¿Quién dice que un padre se niega a ver a su hija? ¿Quién es que puede asegurar que yo dijera: «Hija, tu padre ya no te ama»?

MARQUESA ¡Yo!

MARQUÉS ¡Vos! ¿Vos? ¿Es que vuestra misión, entonces, es engañarme siempre, hasta en mis más puras afecciones? ¿Es que habéis de ser causa de mi dolor constante? ¿Que, no contenta con lacerar mi corazón de esposo, habéis querido matar también el del padre?

MARQUESA ¡Deliráis!

MARQUÉS ¡Ah! ¿He de luchar aún entre un ángel que me devuelve la razón perdida y un demonio que quiere arrebatármela para siempre? ¡No! Yo no soy un insensato. ¿Queréis que os lo pruebe? ¿Será preciso que os recuerde la historia de ciertas cartas acusadoras de... adulterio? ¡De un duelo!

MARQUESA (Cogiéndole de un brazo.) ¡Estáis abandonado de la mano de Dios para decir estas palabras que lastiman los oídos del que las escucha! ¡Bajad la vista y mirad quien está oyéndoos! ¡Atreveos a decir que no estáis loco!

MARQUÉS ¡Ah! ¡Tenéis razón! (Cayendo de nuevo en el sillón.) ¡Tiene razón tu madre, hija mía! ¡Yo soy el insensato! ¡No creas nada de lo que he dicho! ¡Tu madre es la esposa fiel dechado de virtudes! ¡Ella está exenta de insomnios, de remordimientos! ¿Qué es lo que tu madre desea?

BLANCA ¡Mi desdicha, mi desgracia, mi eterna desventura!

MARQUÉS ¿Y cómo podré yo impedirlo? ¡Yo, un

pobre demente, un ser desdichado, acosado de la horrible, la perpetua visión fatídica, de mirar incesantemente la sangre que brota de una herida; que siempre está oyendo la voz que sale de un sepulcro para su tormento!

BLANCA ¡Oh, padre! ¡Vos, con una sola palabra lo podéis todo! ¡Quieren casarme a la fuerza con un hombre a quien no amo, ¿me comprendéis, padre mío? ¡Entregarme a un miserable, a un infame! ¡Y os han hecho venir aquí para firmar ese odioso contrato!

MARQUÉS (Tomando el contrato.) ¿Sin mi consentimiento? ¿Sin consultarme si yo lo apruebo? ¡Ah! ¡Lo veo! ¡Me tienen por un espectro, un cadáver viviente! ¿Dices que ese matrimonio causaría tu desdicha?

BLANCA ¡Mi desdicha eterna, padre querido!

MARQUÉS ¡Ese matrimonio no se verificará!

MARQUESA Marqués, está empeñado vuestro nombre y el mío.

MARQUÉS ¡Repito que ese matrimonio no se hará! ¡Es consumar un acto terrible hacer una boda en la cual la esposa no ame al esposo! ¡Es para volverse loco! ¡Y no lo digo por mí, hija mía, no! La marquesa tu madre me ha amado siempre, ha sido una esposa fiel... ¡Lo que me vuelve loco es otra cosa! Este contrato... ¡Ah! (Va a rasgarlo y la marquesa se lo impide.) ¡Lo que me vuelve loco... es una tumba que se abre... un fantasma que sale de ella... que me habla... que me repite sin cesar...!

MARQUESA (Al oído del marqués.) («Vuestra vida es mía. Puedo tomarla...»)

MARQUÉS ¡Eso! ¿Lo oyes? ¿Lo oyes?

MARQUESA (Continuando.) («¡Pero quiero que viváis para que me perdonéis, como yo os perdono!»)

MARQUÉS ¡Ah! ¡Breal, perdonadme!... ¡Piedad!... ¡Clemencia!...

BLANCA ¡Padre!

MARQUESA (Triunfante.) ¡Ya veis que delira!

BLANCA Mi voz y mis caricias le devolverán la razón! ¡Mis lágrimas le devolverán la vida!

MARQUESA ¡Inútil!

BLANCA ¡Padre!

MARQUÉS ¿Qué? ¿Qué?

BLANCA ¡Padre mío!

MARQUESA ¡Tomad esta pluma y firmad! ¡Es preciso! ¡Yo lo quiero! (Pone la mano del marqués con la pluma encima del contrato. Empieza a firmar cuando aparece el capitán.)

BLANCA ¡Ah! ¡Estoy perdida para siempre!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, EL CAPITÁN; luego LUIS, EL BARÓN y varios invitados, por el foro.

CAPITÁN (Con voz entera.) ¡Marquesa de Suberville!

MARQUÉS (Deteniéndose de firmar.) ¡Ah! (Queda espantado, como quien ve una aparición.)

BARÓN
LUIS } ¡Caballero! (Avanzan por el fondo.)

CAPITÁN (Con un gesto imperativo.) ¡Atrás! ¡Quietos! (Los dos se detienen.)

BARÓN ¡Me daréis satisfacción por las armas!

CAPITÁN ¡Está dicho! Marquesa de Suberville, es preciso que os hable.

MARQUÉS ¡Conozco su voz!... Sí... Conozco su semblante... ¡Ah! ¡Es Breal! ¡Sí, el conde de Breal! (Con espanto.) De Breal, que viene a repetirme: «Vuestra vida es mía! ¡Puedo quitárosla, pero os dejo vivir para que me perdonéis como yo os perdono!» ¡Breal! ¡Vuélvete a la tumba, que ya te he perdonado! (Cae en el sillón.)

BLANCA ¡Padre mío!

CAPITÁN (A la marquesa.) Marquesa de Suberville, acercaos.

MARQUESA (Se acerca y retrocede espantada.) ¡Santo Dios! ¡El espectro del conde de Breal! ¡Sí... es él que reaparece!

CAPITÁN (Al barón.) ¡Vos, fuera! ¡Ay de vos si volvéis a este castillo!

BARÓN (Sacando su acero.) ¡Vamos!

CAPITÁN ¡Vamos! (Salen ambos. Los demás rodean al marqués, que ha quedado exánime.)

TELÓN

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Cámara de Juan Martín representando las dos divisiones. En la primera, a la izquierda del actor, la puerta de entrada en el fondo; en primer término, una ventana cubierta por una cortina. En el centro, la puerta de comunicación. En la segunda habitación, un lecho con colgaduras, un crucifijo en la cabecera, una mesa con una lámpara encendida. La Biblia sobre un pupitre. Un sillón. Un armario con sus puertas cerradas. Es de noche.

ESCENA PRIMERA

CELESTINO y JUAN MARTÍN.

CELES. ¿Decís que no se os ofrece nada más?
JUAN Nada.
CELES. ¿Queréis que os mande a alguien?
JUAN Un sacerdote.
CELES. Ya sabéis que a dos leguas al contorno no hay más que el capellán del castillo, y que éste está asistiendo en sus últimos momentos al señor marqués.
JUAN Entonces, gracias. Dejadme.
CELES. Hasta luego, señor Martín. (Vase.)

ESCENA II

JUAN, solo.

¡El médico y el cura están asistiendo al marqués! Es que Dios nos llama a los

dos a su presencia a un mismo tiempo para rendirle cuentas. ¡Justicia divina! Pero ¿es de justicia humana dejar morir a un hombre sin socorro y sin un consuelo de la religión, si lo pide? ¿Y la marquesa? ¡Oh! ¡Ella es la que me condena a una muerte solitaria, para apoderarse de mis papeles cuando yo ya no exista! ¡Por lo demás, tengo la conciencia tranquila!

ESCENA III

JUAN y EL CAPITÁN.

CAPITÁN — Mi buen amigo. ¿Estáis enfermo?

JUAN — ¡Ah! ¿Eres tú? Temía ya no verte. Tengo un acceso del corazón. Conozco que voy a morir.

CAPITÁN — ¿Podíais creer que no vendría, sabiendo vuestro estado?

JUAN — Es que no sabía dónde mandarte buscar.

CAPITÁN — Estaba en el castillo y he venido corriendo. ¿Pero cómo estáis así, solo y sin asistencia ninguna?

JUAN — Todo me lo rehusan. El médico y el sacerdote que he pedido.

CAPITÁN — Montaré al punto a caballo, y antes de una hora...

JUAN — ¡Sería tarde! ¡El médico sería inútil! Más bien querría al confesor.

CAPITÁN — ¿Cómo hacerlo? Yo no puedo reemplazarlo, lo sé, en sus funciones sagradas, pero estaré junto a vuestro lecho, y lo que tengáis que confiarme lo haré estrictamente.

JUAN — Dime. ¿El marqués se muere?

CAPITÁN — Así lo han dicho.

JUAN — Ya sabes que a su muerte los papeles que hay en este armario deben serte entregados.

CAPITÁN — ¡Lo sé!

JUAN — Si yo muero antes que él, tú tomarás esta llave. (Sacándola de debajo la almohada.) Abrirás el armario, en el que hallarás una cajita. Tú eres hombre de honor, júrame que no la abrirás hasta después de muerto el marqués.

CAPITÁN — ¡Os lo juro!

JUAN — ¡Ahora ya puedo morir tranquilo! ¡Cuando me sienta morir ya te llamaré!

CAPITÁN — En la otra pieza estaré aguardando. (Corre las cortinas de la cama y sale a la otra división, sentándose. Pausa. A poco se oye fuera la voz de Blanca.)

ESCENA IV

Dichos, A poco, BLANCA.

BLANCA — ¡Hermano!

CAPITÁN — ¿Quién me llama?

BLANCA — ¡Hermano!

CAPITÁN — ¿Esa voz? (Abre la puerta.) ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

BLANCA — (De rodillas y levantándose.) ¡Ayudadme!

CAPITÁN — ¿Qué teméis? ¿Quién os acosa?... ¿Quién os persigue? ¿Por qué venís a esta hora?

BLANCA — ¡Ay! ¡A cualquier hora, de día o de noche, habría huído, mientras el suelo hubiera podido soportarme, hasta encontrar un pecho amigo encima del cual pudiese llorar, un brazo que me sostuviese y amparase! (Echándose en sus brazos.) ¡Amigo mío! ¡mi padre ha muerto!

CAPITÁN — ¡Pobre infeliz! ¡Se escapa de una mansión mortuoria para venir a parar a otra! ¡Deja la muerte en el castillo para encontrarla también en la cabaña!

BLANCA — Sí, sí. ¡Pero aquí la muerte será tranquila mientras que allí es desesperada! ¡Oh! ¡Si supieseis lo que he tenido que presenciar!

CAPITÁN Dímelo. Cuenta.

BLANCA ¿Recordaréis la impresión terrible que vuestra voz y vuestro semblante produjeron en mi padre.

CAPITÁN Sí.

BLANCA Lo subieron a su habitación... Yo no podía resistir la inquietud que me dominaba. Exponiéndome a irritar más a mi madre, he subido para verle. La puerta estaba cerrada; he llamado suavemente. Oía la voz de mi padre, muy débil, que decía: —«¿Quién es?»

CAPITÁN ¿Y vuestra madre?

BLANCA No estaba. Había cerrado la puerta. Mi padre reconoció mi voz, y me dijo que diera la vuelta por una escalera interior que daba a un gabinete inmediato a su alcoba. Un minuto después estaba yo a su lado, arrodillada al pie de su lecho. Pedíle que me bendijera antes de morir, y así lo hizo.

CAPITÁN ¡Sosegaos; llorad a vuestro padre! ¡No lloréis por vos, porque aquí estáis salva!

BLANCA ¡Oh! en aquel momento besé sus manos y su frente. De pronto, oí los pasos de mi madre que subía la escalera... Conocí su voz, y mi pobre padre la conoció igualmente. Me abrazó por última vez y me hizo entender con un ademán que me marchara. Quise obedecerle... pero estaba tan trastornada mi cabeza, que no supe acertar el camino que allí me condujo. Me equivoqué de puerta, y me encontré en un gabinete sin salida. Entró mi madre con el capellán, y ¡ay! os digo, hermano, que me estremecí al contemplar el rostro de mi madre. Estaba más pálido, más lívido, que el del infeliz anciano moribundo.

CAPITÁN ¡Oh! ¡Dios de bondad!

BLANCA El sacerdote se sentó a los pies de la cama; mi madre permanecía de pie.

¿Comprendéis lo angustioso de mi situación? ¡Me encontraba allí sin poder huir! ¡Una hija obligada a escuchar la confesión postrera de su padre! Desde aquel recinto he visto y oído lo que no podrá jamás borrarse de mi memoria. ¡Mi padre hablaba de adulterio, de un duelo, de un asesinato! ¡Que horrorosa escena! ¡Yo sentía un sudor frío que invadía mi cabeza, y caí desvanecida!

CAPITÁN ¡Pobre hermana mía!

BLANCA ¡Cuando volví en mí, la cámara estaba silenciosa como un sepulcro!... ¡Mi madre y el clérigo habían desaparecido! ¡Abrí la puerta, miré al lecho, y me pareció ver dibujarse debajo de la sábana la forma de un cadáver! ¡Adiviné que todo había concluído! ¡De pronto, un terror glacial se apoderó de mí, un miedo invencible... y me lancé fuera de aquella estancia funeraria! ¡Crucé corredores y galerías, salas y gabinetes y sin saber por dónde marchaba, hasta que el fresco de la noche me dió a entender que estaba al aire libre! ¡He corrido por el parque... y recordando lo que me habíais advertido de que estaríais aquí... aquí me he encaminado! ¡Parecía que no caminaba sola, que me seguía una legión de fantasmas que entre las sombras me perseguían! ¡He seguido corriendo, y os he llamado... y gracias que me habéis oído! He caído al pie de esa puerta. ¡Si ella no se abre pronto creo que me hubierais hallado exámine!

CAPITÁN ¡Silencio! ¡Alguien se acerca! (Se esconden detrás de la puerta. Aparece la Marquesa.)

BLANCA ¡Mirad! ¡Mirad!

ESCENA ÚLTIMA

Dichos. LA MARQUESA.

MARQUESA (Entra en la alcoba y llama en voz baja.) ¡Juan!
JUAN ¿Quién es?
MARQUESA ¡Yo!
JUAN ¡Vos! ¿Y qué es lo que buscáis junto al lecho de un moribundo?
MARQUESA Vengo a hacerte una proposición.
JUAN ¡Para perder mi alma sin duda!
MARQUESA No. Para salvarla. Juan, tú necesitas un sacerdote.
JUAN Me habéis rehusado el del castillo.
MARQUESA Si quieres estará aquí dentro de cinco minutos.
JUAN Hacedle venir, pues.
MARQUESA ¿Y si te doy la paz del cielo, no me darás tú la de la tierra? Habla.
JUAN ¿Qué puedo hacer por vos?
MARQUESA Tú necesitas un sacerdote para la muerte. ¡Yo necesito la vida!
JUAN ¿Queréis que me despida de la vida con un perjurio?
MARQUESA Quiero abrirte la vida eterna con la absolución.
JUAN Ya la he recibido.
MARQUESA ¿De quién?
JUAN Del solo que tenía derecho para dármela.
MARQUESA ¿Acaso se te ha aparecido el conde de Breal? (Aterrorizada.)
JUAN Como si lo fuera. ¡Tiene un hijo en la tierra!
MARQUESA ¿Y tú le has visto? ¿le has hablado?
JUAN ¡Sí!
MARQUESA ¿Y se lo has dicho todo?
JUAN ¡Todo!
MARQUESA ¿Y los documentos que justifican su nacimiento?
JUAN Los papeles están ahí. (Señala el armario.)
MARQUESA ¡Martín! ¡ten piedad de mí! (Se arrodilla.)
JUAN ¿Vos arrodillada ante mí?

MARQUESA ¡Oh, sí! ¡Estoy de rodillas, te ruego, te imploro! Tienes en tus manos moribundas el honor de una familia. ¡Tienes en tu poder mi pasado y mi porvenir! ¡En esos papeles está, no sólo mi nombre, sino el de mis hijos, que tú no sabes lo que he sufrido por conservarlo inmaculado! ¡La lucha ha sido larga y empeñada, en los veintiséis años que hace que dura!

BLANCA ¿Qué es lo que dice, Virgen santa?

CAPITÁN Escuchad. El Señor permite que ahora se descorra un velo misterioso.

JUAN ¡Vos habéis dudado de la misericordia de Dios, señora! ¡Habéis olvidado que Él perdonó a la mujer adúltera!

MARQUESA ¡Sí, pero los hombres no perdonan! De mis dos hijos varones, él es el primogénito, el heredero del título y los bienes del marqués de Suberville. Si él invocase la ley, ¿qué les quedaría a mis otros hijos? A Luis, un hábito de Malta, y a Blanca, un convento.

BLANCA ¡Sí, sí, un convento donde poder rogar a Dios por mi madre!

CAPITÁN ¡Silencio!

JUAN ¡Oh! Vos no le conocéis, señora.

MARQUESA No, pero conozco el corazón humano. ¿Crees que tendría la abnegación de renunciar a la fortuna y al título?

JUAN ¡Si vos se lo pidierais, sí!

MARQUESA ¿Y con qué derecho podría pedírselo? Me diría: «¡No os conozco, señora; yo no os he visto jamás!»

JUAN ¡No, marquesa, no! Y yo, en su nombre, me comprometo... os juro que...

MARQUESA ¿Te comprometes? ¿juras tú?... ¡Ah, no, no! ¡Dame esos papeles!

JUAN Los papeles están bien donde están.

MARQUESA ¡Pues yo los necesito, te digo!

JUAN Pues no los tendréis.

MARQUESA Nadie puede venir. Estamos solos.

¡Dame esa llave, que nunca te abandona!

JUAN ¡Ah! ¿Osáis arrancarla de manos de un ser que está expirando?

MARQUESA ¡No! ¡esperaría que muriera!

JUAN ¡Ay, por la pasión de Cristo! ¡Dejadme morir en paz! ¡Salid, en nombre del Crucificado! ¡Ah!... ¡Dios mío!... (Besa el Cristo y expira.)

MARQUESA (Inclinándose ante el Crucifijo.) ¡Ah!

BLANCA ¡Horror!

CAPITÁN ¡Rezad por su alma! (La marquesa coge la llave de manos de Juan.)

CAPITÁN (Entrando e interponiéndose.) ¡Alto!

MARQUESA ¡El conde de Breal! (Espantada, como si viera una aparición.)

CAPITÁN ¡Sí, que revive en su hijo, a quien ibais a quitar hasta el nombre y el origen! (Abre el armario.) ¡Esos papeles son míos!

MARQUESA ¡Justicia de Dios! ¡Es mi hijo! (Cae en un sillón.)

BLANCA (Arrodillándose junto a la puerta divisoria, a la que se ha acercado y oído.) ¡Bondad del cielo! ¡Es mi hermano!

TELÓN

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Barrio de San Antonio, en París. A la derecha, la cervecería y casa de comidas de Santerre. Una enseña patriótica al nivel del primer piso. Mesas y taburetes fuera, en la calle, con jarros, vasos y botellas. A la izquierda, tienda de peluquero, con este letrero. "Peluquería de Sustucrú. Se afeita al clero. Se peina a la nobleza. Se arregla al tercer estado." Al fondo, una serie de casas, algunas algo bajas, del barrio de San Antonio. Por encima de estas casas se ve sobresalir, a la izquierda, la parte superior de la fortaleza de la Bastilla.

ESCENA PRIMERA

SUSTUCRÚ y CIUDADANOS 1.° y 2.° Varios en las mesas con mujeres. Mozos de la cervecería.

SUSTU. (Sale de la tienda con un peine detrás de la oreja y varios periódicos en la mano.) Aquí están los papeles, ciudadanos. Ahora acaban de llegar de provincias. Y los de París que han salido esta mañana.

CIUDA. 1 A ver, léelos tú, que ya te estamos esperando. ¡Mozo! un jarro de cerveza al barbero.

SUSTU. ¡Alto! Al peluquero patriótico, si te place... Y si no, mira mi enseña.

CIUDA. 2 Bueno, no te enfades; lee y bebe, que aquí todos somos buenos patriotas. ¿Qué dice la *Gaceta de Francia?*

SUSTU. ¡Pues friolera! Que el rey ha echado ya

del ministerio a Necker, al padre del pueblo, al gran Necker, el único ministro liberal y sabio que se opuso a las cartas de encarcelamiento, y que supo decirle que los reyes eran para las naciones y no las naciones para los reyes.

CIUDA. 2 ¡Qué infamia! ¡Haberle echado!

SUSTU. Y le han preso, según se dice, como a tantos otros. Pero toda la nación protesta. Oid lo que dicen de provincias y de París: (Bebe y lee.) «El clero de Armagnac pide a la Asamblea que se ponga coto a las cartas de encarcelamiento, y el clero regular de Vitry añade que estas cartas sólo sirven a la injusticia y a la opresión.»

SANTERRE ¡Eso! Cada día vemos desaparecer amigos, en virtud de esas malditas cartas, sin que nadie vuelva a saber más de ellos.

SUSTU. (Cambiando de periódico.) He aquí lo que pide el clero de París, según el *Mercurio*: «Que ningún ciudadano pueda ser detenido ni encarcelado en virtud de esas cartas cerradas, sino es según los casos y condiciones que fijen con anterioridad los Estados generales.» ¡Ah! Oid lo que se pide a la Asamblea: «La nobleza de Arras, de Riom y de Clermont-Ferrand, el tercer estado de Rennes, de Nantes y de Bigorria, las tres órdenes de Monfort de Arrauz y todo el Rosellón, piden a la Asamblea nacional constituyente que todas las cartas de destierro, de captura, sean revocadas inmediatamente. Que los gobernadores y alcaides de las fortalezas y cárceles presenten, en el término de veinticuatro horas, el estado completo de todos los ciudadanos que guarden encerrados. Que todas las prisiones del Estado, todos los encierros militares, civiles o monásticos, sean visitados por comisarios de la Asamblea nacional, seguidos

de comisiones de ciudadanos, y que sean en el acto puestos en libertad los detenidos, que no sean autores de crímenes, como son robos, asesinatos o violaciones probados; y los que estén en esos casos, que sean entregados a los jueces ordinarios. A ello se adhieren los diputados de Douay, de Reims, de Orleans y de Burdeos, y todos los del Languedoc, la demolición del fuerte de Brelan. Los provenzales amenazan con bombardear las islas Margaritas y las Hieres para soltar los deportados. Los diputados de París demandan a la Asamblea que se derribe la Bastilla.»

VARIOS ¡Sí, abajo la Bastilla!

SUSTU. (Leyendo.) «Por orden de los tres Estados, la Bastilla y las demás cárceles llamadas de Estado serán demolidas, y sus terrenos vendidos en provecho del pueblo o dedicados a fines de utilidad pública.»

VARIOS ¡Sí, sí! ¡Derribemos la Bastilla!

SANTERRE Calma, ciudadanos; todo se hará, y pronto; pero esperemos a Thuriot. París está rodeado de ejércitos extranjeros que el rey ha mandado buscar... y...

CIUDA. 2 ¡Esto es horrible, es el colmo! París parece sitiado, y sus alrededores invadidos por orden del rey.

CIUDA. 1 ¡El rey es un ingrato, y se porta como si fuese extranjero sobre un país conquistado!

CIUDA. 2 Los reyes todos son lo mismo. ¡Se figuran que Dios les ha dado el poder para estrujar a sus súbditos!

CIUDA. 3 Pero la culpa no es del rey sólo. Ella, la austriaca, es la que no puede ver a la nación, porque no es la suya. ¿Sabéis lo que les contestó, a una comisión de los barrios extremos que fué a pedirle, a Versalles, que pusiera coto al agio de

los acaparadores de harinas, porque el pueblo no podía comer pan?

CIUDA. 1 ¿Qué?

CIUDA. 3 Pues les dijo que, si no tenía pan, que comiera bizcochos.

CIUDA. 2 ¡La infame! ¡Hay que arrastrarla! Ella domina al rey y le hace cometer tantos desaciertos.

CIUDA. 3 ¡Y por qué es tan calzonazos! ¡Que pague él también sus errores!... ¡Ah, si tuviéramos armas y municiones!...

SANTERRE Calma, ciudadanos; todo está previsto, y los diputados de las Constituyentes velan por el pueblo. Se ha hecho una requisa de pólvora y de todas las armas de las armerías, y esta mañana, el diputado Thuriot ha ido a la Bastilla a reclamar al gobernador que se abran las puertas al pueblo. Y pronto dará cuenta del resultado. ¡Y según sea éste, nos armaremos y se atacará ese castillo maldito! (Llega un carro cargado de sacos. Salen mozos de la taberna y descargan los bultos que van entrando en la taberna.)

MOZO ¡Cristo! ¡Cuánto pesa!

SANTERRE Es que son avellanas de plomo. ¡Mal provecho les van a hacer a los austriacos!

CIUDA. 1 ¿Son municiones?

SANTERRE Es claro. Como soy el representante del barrio en el comité del distrito, he mandado traerlas aquí.

CIUDA. 1 ¿Y las armas?

SANTERRE Ya están dentro. Las picas y los fusiles las entramos esta mañana. Ahí viene el ciudadano Thuriot.

ESCENA II

Dichos, THURIOT y ciudadanos.

THURIOT ¡Ciudadanos!

VARIOS Que nos lo cuente todo.

CIUDA. 1 ¡Sí, sí! ¡Todo!

THURIOT (Se sube a una silla.) ¡Ciudadanos! Visto que el rey se ha negado al derribo de la Bastilla y a que sean puestos en libertad los presos que gimen dentro de esa inquisición moderna; visto que el gobernador de la Bastilla, a quien he intimado la rendición en nombre de la Constituyente y del pueblo de París, no ha querido; visto que el rey no ha hecho retirar los regimientos extranjeros que están cercando nuestra ciudad; visto que los jefes de los arsenales y el de los Inválidos no quieren dar armas al pueblo de París ni municiones a los guardias franceses, los delegados de la Constituyente, junto con las delegaciones de las juntas de distrito, han acordado ponerse en relación con los jefes de los guardias franceses Hulín y Elías, los cuales han jurado ya defender al pueblo de París, y marchar con él a la lucha ¡por la libertad y por la patria!

VARIOS ¡Bravo! ¡Vivan los guardias franceses! ¡Vivan Elías y Hulín!

TODOS ¡Vivan!

THURIOT A este fin, la comisión ha dado órdenes para que se les municione de los depósitos que el pueblo tiene en los barrios, que se marche a la Bastilla, que se intime la rendición a su gobernador, y en caso negativo, ¡que se dé el asalto!

UNO ¡Bravo! ¡Viva la Asamblea!

CIUDA. 2 ¿Faltan los cañones?

THURIOT No faltan. Los marinos van a traerlos por el Sena, de los buques. El capitán Bret va a llegar pronto con ellos.

CIUDA. 1 ¡Viva el capitán Bret!

CIUDA. 2 ¡Viva la marina!

TODOS ¡Viva!

THURIOT (Bajando de la silla.) Ciudadano Santerre: armad a los ciudadanos del distrito. Van a llegar los guardias franceses y los ma-

rinos. (A Sustucrú.) ¿Dónde tienes el paquete que te di esta mañana?

SUSTU. Allí dentro. Voy por él. (Vase y vuelve con un paquete. Thuriot lo deshace y saca de él una faja y una escarapela y otras escarapelas e insignias.)

THURIOT ¡Ciudadano Santerre! En nombre de la Asamblea Constituyente os nombro jefe de milicias del barrio de San Antonio. (Le da la faja y la escarapela.) Empezad a armar a los ciudadanos. (A las mujeres.) ¡Vosotras, id por vuestros maridos, por vuestros hermanos, por vuestros amigos, y ayudad a la obra del armamento nacional para la salvación de la patria!

MUJERES ¡Sí, sí! (Vanse.)

THURIOT Distribuid las picas. Los fusiles, que los tomen los que sean buenos tiradores y estén acostumbrados a la caza. Municionad a los que tengan armas de fuego. (Vuelven las mujeres con hombres. Se oye el ruido de la artillería.) ¡Ya vienen los cañones! El capitán Bret los conduce. Han hecho alto allá.

ESCENA III

Dichos, el CAPITÁN, FERREOL y varios marineros.

CAPITÁN ¡Ciudadano Thuriot, salud! ¿No han llegado aún los guardias franceses?

THURIOT No, pero no pueden tardar. Sentaos. (Se sientan. Ferreol y los marineros en otra mesa.)

SANTERRE ¿Qué os place tomar, capitán?

CAPITÁN Traedme vino de Burdeos para mí y para mi gente.

SANTERRE (Da la orden a un mozo, que sirve botellas y vasos.) ¿Cuántos cañones tenéis, capitán?

CAPITÁN Entre los de mi buque y los de los cañoneros del Havre he reunido veinte, con sus municiones respectivas, y cuatro morteros.

THURIOT Pues eso ya cuenta.

CAPITÁN Pero lo mejor es mi gente, que no equivoca una bala. Acostumbrados como están a disparar en alta mar, figuraos lo que serán en tierra firme. ¡Y para el asalto, son como gatos. (Se oyen pífanos y tambores.)

CIUDA. 1 Ya llegan.

CIUDA. 2 A su frente vienen Elías y Hulín. Se han puesto la escarapela nacional. (Van entrando los guardias formados, al son de tambores y pífanos, a cuyo frente vienen los jefes. La multitud les rodea hasta que hacen alto.)

ESCENA IV

Dichos, HULÍN, ELÍAS y guardias.

THURIOT ¡Vivan los guardias franceses!

TODOS ¡Vivan!

HULÍN (Adelantándose.) ¡Viva la nación!

TODOS ¡Viva!

CAPITÁN ¡Abajo la Bastilla!

TODOS ¡Abajo!

THURIOT Capitán Bret: aquí os presento a los dos bravos patriotas, coroneles de los guardias franceses, Elías y Hulín. Ellos dirigirán el asalto si mi intimación de entrega del fuerte no da resultado, como creo. Poneos de acuerdo con ellos, vos que traéis la artillería.

CAPITÁN Sentémonos, si os place, ciudadanos, y deliberemos. (Los coroneles y el capitán se sientan.)

THURIOT (A Santerre.) Y vos también, Santerre, como jefe de las milicias populares. Yo, en tanto, iré, acompañado de unos ciudadanos, a intimar de nuevo la rendición al gobernador de la Bastilla. Sustucrú: trae un pañuelo blanco grande y átalo a la punta de una pica. ¡A ver! que una

sección de ciudadanos armados me acompañe.

CAPITÁN ¡Ferreol!

FERREOL ¡Capitán, a la orden!

CAPITÁN Coge unos cuantos hombres de los nuestros, y al pasar el ciudadano Thuriot el puente de la fortaleza, que estén a punto. Si no se rinde, en cuanto Thuriot salga, cortad las cuerdas del puente levadizo. Es cosa de obrar con rapidez antes de que lo levanten, y en seguida, ¡que avancen los cañones y empiecen a batir las murallas!

THURIOT Si el fuerte se entrega, yo saldré y pasaré el puente con el sombrero en la mano, dando vivas a la libertad. Si no se entrega, llevaré el sombrero puesto, y antes de que acabemos de pasarlo y lo levanten...

CAPITÁN ¡Yo, al abordaje con los míos! ¡Nos agarramos a las amarras y las cortamos a hachazos! (Vanse Thuriot y ciudadanos.)

ELÍAS ¿Cómo pensáis llevar a cabo el ataque?

HULÍN El capitán Bret ha tenido una excelente idea. Si vuelve Thuriot con la negativa, cortando los cables del puente, no podrá éste ser levantado. Entonces rompemos el fuego contra la muralla, y el primer regimiento penetrará en la fortaleza con el pueblo armado. Una vez en el segundo patio ya es más fácil el escalar la fortaleza. (A Santerre.) ¿Tenéis ya a punto las carretas con la paja?

SANTERRE Ya las tengo preparadas ahí detrás, en el patio.

HULÍN Pues habrán de servir para hacerlas avanzar y encender la paja al entrar en el segundo patio. Con el humo no nos verán y los soldados de las murallas no podrán hacer blanco tan fácilmente.

CAPITÁN ¡Buena idea! ¡Ahora, bebamos por el triunfo de la nación!

HULÍN Sea.

CAPITÁN ¡Y por la próxima libertad de los que gimen allá dentro!

HULÍN, ELÍAS, SANTERRE ¡A la patria! ¡A la libertad! (Chocan los vasos y beben.)

CAPITÁN ¡Ahora voy a situar mis cañones para batir la brecha!

THURIOT (Llega con el sombrero puesto.) ¡Pues nada! Se ha negado ese gobernador. A pesar de que se le ha dicho que los guardias franceses estaban con el pueblo, ha contestado que antes volará la fortaleza. (Se oye una descarga. Entra Ferreol jadeante y seguido de los marineros, hacha en mano.)

FERREOL ¡Ya hemos roto las amarras del puente a hachazo limpio!

ELÍAS Dad la orden de avanzar a los guardias. Yo marcharé con Santerre al frente del pueblo armado. No hay que perder tiempo. ¡Al puente! ¡Ciudadanos! ya lo sabéis, ya lo habéis oído. El gobernador de la Bastilla se niega a abrirla. ¡Al asalto! ¡Guardias franceses! ¡Por la nación y por la libertad!

HULÍN ¡Viva la libertad! ¡Abajo la Bastilla!

TODOS ¡Sí, sí! (Vanse tocando los tambores paso de ataque a la carrera. Pasan los cañones arrastrados por marineros y rodeados de mujeres.)

ESCENA ÚLTIMA

THURIOT, SUSTUCRÚ y CIUDADANOS. Se oye un tiroteo horroroso alternando con cañonazos. Se nota una gran humareda en el fondo y luego el resplandor de un incendio.

THURIOT El fuego es nutrido y el cañoneo...

SUSTU. Voy a ver, por el extremo de la calle de San Antonio, qué pasa.

THURIOT No te alejes mucho.

SUSTU. Vuelvo en seguida. Yo también voy a hacer fuego y ¡viva la libertad!

THURIOT ¿Si habrán entrado? ¡El cañoneo continúa! ¡La lucha debe ser horrible!

CIUDA. 1 Es probable. Los marineros han impedido que se levante el puente y los de dentro tendrán que defender el segundo recinto como fieras. ¡Cuánto humo se levanta! ¡Y cuántas llamas!

SUSTU. (Saliendo.) Ya han entrado. Los suizos han sido arrollados. El incendio de la paja impide a los de las torres hacer puntería. Entre la paja y el alquitrán van a salir perfumados. Voy a ver cómo continúa el ataque.

THURIOT Voy a redactar el parte a la Asamblea constituyente.

CIUDA. 3 (Entrando.) El gobernador ha pasado un papel por encima de la puerta del segundo recinto en el que dice que hará saltar la fortaleza si el pueblo y los guardias no se retiran.

THURIOT ¿Y qué han determinado los jefes militares?

CIUDA. 3 Son unos héroes. Continuar el ataque y asaltar el segundo recinto. Y el capitán Bret y los suyos se aprestan a derribar la segunda puerta.

THURIOT ¡Bien por los bravos!

SUSTU. (Volviendo corriendo.) El gobernador quería volar el fuerte, pero la misma guarnición se lo ha impedido y se rinde. ¡Si será bruto, que iba a suicidarse! Pero lo han preso. (Cesan los tiros.) Ya se abren las puertas al pueblo. ¡El pueblo y la guarnición fraternizan!

CIUDA. 3 ¡Ahí vienen! ¡Ahí vienen!

THURIOT ¿Quién viene?

CIUDA. 3 Los presos libres.

SUSTU. ¡El pueblo los lleva en triunfo!

CIUDA. 3 ¡Viva la libertad! ¡Gloria a nuestros soldados! (Llegan pueblo y soldados con los prisioneros. El capitán, abrazado con Lamotte.)

THURIOT Capitán Bret, merecéis bien de la patria.

En nombre de la Asamblea Constituyente os doy las gracias. Se os propondrá para un alto puesto en la marina de la nación.

CAPITÁN ¡Yo soy quien debe dárselas a los guardias y a sus jefes, al pueblo de París, y a vos, Santerre, pues sin vosotros yo no estrecharía ahora en mis brazos un hermano!

SANTERRE El rey no quería, y hemos asaltado la Bastilla. El rey ha perdido la batalla. Ahora es la Francia la que manda, y por ella los Estados generales.

ELÍAS Capitán, la mano. Gracias a vuestras disposiciones las murallas han sido batidas por el certero fuego de vuestros cañones y la Bastilla ha sido tomada.

CAPITÁN Esto, más que a mí, se debe al esfuerzo de estos bravos militares, al del pueblo de París. Sí, a ellos deben hoy la libertad los infelices que sufrían en las mazmorras del Estado, y mañana, a ellos deberá la libertad la Francia y el mundo entero. ¡Viva el pueblo de París! ¡Vivan los guardias franceses! ¡Viva la libertad!

TODOS ¡Viva! (Marsellesa.)

TELÓN

FIN DEL ACTO QUINTO

ACTO SEXTO

La explanada del castillo de Suberville. A un lado se ven los álamos del parque; al otro, la galería planta baja, con pórticos en primer término, y en el segundo, árboles. En la escalinata, dos bancos de piedra. Al fondo, el mar, a lo lejos. En la galería, varias sillas y una mesa con libros y recado de escribir. La acción pasa en una noche de primavera del año 1790.

ESCENA PRIMERA

LA MARQUESA, leyendo cartas a la luz de un candelabro. Luego, CELESTINO.

Hoy cumple un año de la muerte de mi marido. El barón de la Taillade ha venido para asistir al aniversario, que se ha celebrado en la capilla. Hay que aprovechar esta ocasión. ¡La muerte se ha llevado a dos de los poseedores de mi secreto fatal! ¡Aquel día nefasto nadie comprendió que aquel caballero fantástico que hizo irrupción en la sala fuese hijo mío! Todos le creyeron un aventurero que venía a pedir una suma. ¡Mi hijo! Este nombre, que llena de gozo el corazón de las madres, siento que ahoga y hiela el mío de espanto.

CELES. (Con una bandeja y dos cartas.) Para la señora marquesa.

MARQUESA ¡Por fin! ¡Correo de París! Con esta revolución no se cumple ningún servicio.

A ver si habrá alguna mala noticia, como en el de agosto, en que nos comunicaban la sublevación de los guardias franceses y las turbas, asaltando la Bastilla. Veamos. (Lee una carta.) ¡Ah! Sí. Quien manda ahora es la Asamblea. (Abre otra carta.) «Llegaré con mi navío de almirante. Tengo que hablaros... Iré con Lamotte. Quiero ver a mi hermana.» (Tira la carta.) ¡Ah! ¡Qué horror! Viene con el amante de mi hija al castillo. ¡No! ¡no! ¡Eso no puede ser! ¡No será! Que él no vea a sus hermanos y que me encuentre a mí sola. (Toca la campanilla y aparece Celestino.) Celestino. ¿El conde Luis?

CELES. Salió después de las seis con el señor barón.

MARQUESA ¿Salió?

CELES. Yo mismo le vi subir al coche.

MARQUESA Haced que venga su criado.

CELES. También ha salido con ellos.

MARQUESA ¿Qué carruaje han tomado?

CELES. El del señor barón.

MARQUESA Bien; mandad que enganchen el mío y decid a mi hija que la espero. (Vase Celestino.) Que ella firme este contrato y luego que se marche a Rennes con su hermano y La Taillade. Sí, es preciso que ellos lo ignoren todo. Yo me quedaré sola, esperando a mi hijo Enrique. Le ofreceré una fortuna a cambio de esos papeles... ¡Y si no por cálculo, por piedad, accederá a que este secreto quede sepultado entre los sombríos muros de este castillo!

ESCENA II

LA MARQUESA y BLANCA.

BLANCA Señora...

MARQUESA Aproximaos.

BLANCA ¡Oh!

MARQUESA ¿Por qué estáis pálida y temblorosa?

BLANCA Hoy hace un año de la muerte de mi padre! ¡Oh! ¡He sufrido mucho esta noche!

MARQUESA Sí... sí... Blanca, el marqués ha muerto. Luis es ahora el jefe de nuestra familia y vos vais a partir al punto con él a Rennes.

BLANCA ¿Yo? ¿Y por qué?

MARQUESA ¡Porque no estaría bien que en la capilla de este mismo castillo se celebrara la ceremonia de la boda de la hija, cuando aun resuenan en ella los cantos de los funerales del padre!

BLANCA ¡Oh! Si no se trata más que de sacrificar mi ventura a la vuestra, yo os la sacrificaría gustosa. Si sólo me exigierais ahogar el sentimiento de mi amor, también lo haría, ¡pero no puedo sacrificaros mi hijo! ¡Vos sois madre, y yo lo soy también, señora!

MARQUESA ¡Vos no oiréis jamás la voz de vuestro hijo, porque no le veréis nunca!

BLANCA ¿Que no veré nunca a mi hijo? ¿Quién puede impedírmelo? ¿Vos, acaso?

MARQUESA ¡Él mismo ignora que lo es vuestro!

BLANCA ¿Y si llega un día que lo sabe? ¿Y si, sabiéndolo, viene un día a pedirme cuentas de su nacimiento? Porque eso es muy posible, señora, y en esta alternativa, ¿me diréis todavía que firme el contrato?

MARQUESA (Después de una pausa.) ¡Firmad!

BLANCA ¡Ah! ¿Y si mi marido llega a descubrir la existencia de ese niño, y entonces busca a mi amante, a mi Lamotte, para pedirle cuenta de su honor, manchado, y le arrastra a un duelo a muerte, solitario y sin testigos, y él mata a mi Lamotte, y luego, atormentado por su conciencia y por el eco de una voz sepulcral que sale de la tumba para reconvenirle, mi esposo pierde la razón?

MARQUESA (Estremeciéndose.) ¡Oh! ¡Callad! ¡Callad!

BLANCA ¿Queréis, pues, que por obedeceros se cumpla la maldición del Dios de Israel, que las faltas caigan sobre los hijos hasta la tercera generación?

MARQUESA ¡Dios mío! ¡Dios poderoso! ¿No estoy bastante humillada, castigada suficientemente?

BLANCA (Arrodillándose, conmovida.) ¡Oh! ¡Madre mía! ¡Perdón! ¡Perdón!

MARQUESA ¡Sí, pide perdón, hija desnaturalizada! ¡Tú has enarbolado, con implacable mano, el látigo de la venganza eterna y has cruzado el rostro de tu madre!

BLANCA ¡Perdón! ¡No sabía lo que decía, madre! ¡Vuestra severidad me hizo perder la razón al querer que perdiera mi hijo!

MARQUESA ¡Dios poderoso! Habéis oído las palabras que han salido de la boca de mi hija. ¡No me atrevo a esperar que vuestra misericordia las olvide, pero sí os ruego que en el momento de castigarla, os acordéis de que yo no la he maldecido. (Medio mutis.)

BLANCA (Siguiéndola de rodillas.) ¡Madre! ¡Madre mía! ¡Piedad!

MARQUESA ¡Oh! (Se vuelve indignada; luego se repone y se va por la derecha.)

ESCENA III

BLANCA, desvanecida. EL CAPITÁN.

CAPITÁN ¡Blanca! ¡Hermana mía! ¡Levántate!

BLANCA ¿Quién vienen a socorrerme? ¡Ah! ¡Mi hermano! ¡Mi providencia! ¡Dios me lo envía!

CAPITÁN ¡Tu desvanecimiento y ese contrato en la mesa me lo explican todo! Ya es tiempo de que cese la imposición de la marquesa. Es preciso que hable con ella... Blanca, encárgate de prevenirla de que el almiran-

te Enrique de Breal espera aquí sus órdenes.

BLANCA Sí, voy. ¡Ay! ¿Lograré obtener su perdón? (Vase.)

ESCENA IV

EL CAPITÁN, solo.

Comprendo lo que pasa en el corazón de la marquesa. ¡Después de ventiséis años de silencio, de aislamiento y angustia, se encuentra con que el secreto que tanto interés tenía en ocultar, ha sido revelado a su hija!

ESCENA V

El mismo. LUIS, con dos pistolas.

LUIS Sabía que habíais aparecido por estas costas y os andaba buscando, señor mío, sin saber donde podría encontraros. Os agradezco haberme evitado cumplir la resolución que había tomado, viniendo a colocaros ante mí frente a frente.

CAPITÁN Celebro que mi deseo, inspirado probablemente por causas diferentes, esté en armonía con los vuestros. Aquí estoy. ¿Qué queréis de mí?

LUIS ¿No lo adivináis? Permitidme que lo extrañe. Ya me conocéis. Sabéis los deberes que impone el honor lo mismo a un gentilhombre que a un oficial de la armada, ¡y el dudarlo es una ofensa por vuestra parte, pues los cumplís muy mal!

CAPITÁN Creed, señor conde...

LUIS Era conde antes de morir mi padre; hoy me llamo el marqués de Suberville. ¡No lo olvidéis! Habéis venido a cruzaros en mi camino. Yo no os he buscado.

CAPITÁN ¿No? ¿Habéis olvidado ya vuestra visita a bordo de la *Indiana*?

LUIS ¡Dejaos de argucias y vengamos al hecho! La última vez que nos vimos, no sé por qué sentimiento tan extraño como inexplicable, rehusasteis mi provocación a un duelo, cogiéndoos a un adversario..., no diré precisamente extraño a nuestra querella, pero a quien no correspondía la preferencia sobre mí.

CAPITÁN Vinisteis a provocarme a un desafío, y como os repito que no puedo batirme con vos, elegí al barón, igualmente que hubiera podido elegir otro, porque estaba allí, al alcance de mi mano, y si es que yo debía matar a alguno, era mejor que fuera un ente inútil y un canalla que un gentilhombre pundonoroso como vos. Además, que el duelo terminó sin que se vertiera sangre. ¡Mi destreza me permitió desarmarle dos veces! ¡Yo podía haberle dado muerte y le dejé con vida! ¡No me pidáis, pues, más explicaciones, porque no puedo dároslas!

LUIS ¡Hablad, o estas pistolas darán cuenta de vuestro misterio! Hablad. Si tenéis alguna revelación que hacer, yo os escucho.

CAPITÁN El secreto que me pedís no me pertenece. Creedme, creed lo que os digo, y no insistáis más. ¡Adiós! (Con calma y retirándose.)

LUIS ¡No! ¡No saldréis de aquí! Estamos solos en esta galería. Atended bien lo que os digo. A quien habéis insultado es a mí, y a mí debéis darme reparación. ¡Tenéis que batiros, pues, conmigo!

CAPITÁN ¡Estáis loco! ¡Ya os he dicho que es imposible! ¡Dejadme!

LUIS ¡Andad con tiento! ¡Tened cuidado! (Coge las pistolas.) ¡Agotados los medios a que puede acudir un gentilhombre, voy a trataros como se trata a un bandido!

¡Estáis en mi casa, habéis entrado en ella ahora, como otras veces, no sé cómo ni por dónde! Si no habéis venido para apoderaros de nuestro oro ni de nuestras joyas, habéis venido para robar la obediencia que una hija debe a su madre y la promesa sagrada de un amigo a otro amigo; en uno y otro caso, obráis como un malhechor a quien se sorprende con las manos sobre un tesoro de honra, el más precioso de los tesoros. Creedme. ¡Tomad esta arma y defendeos! (Arrojando una pistola a los pies del capitán, que ha pasado junto a la vidriera.)

CAPITÁN Podéis matarme, aunque no creo que cometáis semejante crimen. ¡Pero jamás me obligaréis a batirme con vos! ¡Os lo he dicho y lo repito!

LUIS ¡Coged esa pistola, os digo, caballero, y defendeos! (El capitán la rechaza con el pie encogiéndose de hombros.) Pues bien, ya que no quieres defenderte como un caballero..., ¡muere como un perro! (Le apunta al pecho, a tiempo que se presenta Blanca, lanza un grito y se adelanta, desviando el brazo de Luis, que dispara. La bala, pasando por encima la cabeza del capitán, rompe los cristales de la vidriera.)

BLANCA ¡Ah! ¡Hermano mío! ¿Estás herido?

LUIS ¡Tu hermano! (Deja caer el arma.)

CAPITÁN Y ahora, Luis, comprenderás por qué no podía batirme contigo.

ESCENA VI

Los mismos y LA MARQUESA.

MARQUESA Hijos míos, dejadme a solas con al almirante. (Vanse Luis y Blanca.)

ESCENA VII

LA MARQUESA y EL CAPITÁN.

MARQUESA ¿Deseabais verme, Enrique de Breal?

CAPITÁN Sí, señora. He deseado veros y hablaros, y no es ésta la primera vez que este deseo sube a mi corazón. Conservo los recuerdos del niño que atormentan la imaginación del hombre. Me acuerdo de una mujer a quien a veces veía junto a mi cuna, y que en mis sueños infantiles tomaba por el ángel de mi guarda. Después de aquella época, aunque muy lejos de mi lado, más de una vez, creedme, señora, confiaba que algún día, al despertar, me encontraría con la dulce sensación de sentir en mi frente un beso de mi madre, y al ver que me había engañado, que no había nadie al lado de mi lecho, llamaba a voces, creyendo que se hallaba al alcance de mi voz, y al oirme, vendría. Y así he pasado veintiséis años, señora, y hoy he venido a llamarla de nuevo. ¿Será verdad, como he creído frecuentemente, que vos habíais tenido miedo de verme? ¿Será verdad que, como temo, en este momento nada tenéis que decirme?

MARQUESA Y si hubiese temido vuestra presencia, ¿me habría equivocado? Sólo os conozco de hace un año; en este año os he visto sólo tres veces, ¡y he aquí que el terrible secreto, que sólo debían conocer Dios y yo, lo conocen ya mis dos hijos!

CAPITÁN ¡No es culpa mía! No soy yo quien ha conducido a Blanca a implorar el apoyo de su padre, y del que, a su pesar, escuchó la confesión. Tampoco soy yo quien la ha llevado a la cabaña de Juan Martín, ni tengo la culpa de que vos hayáis entrado después que ella en dicha cabaña. En cuanto a Luis, el tiro que habéis oído,

y los cristales de esa vidriera, rotos por la bala dirigida a mi pecho, pueden dar fe de que yo preferí morir.

MARQUESA Vos sois mi hijo, del cual no sé lo que debo esperar ni qué temer. Por culpa vuestra ha rehusado el ministro el nombramiento de coronel para mi hijo.

CAPITÁN Es que la Asamblea Constituyente me lo ha concedido a mí para mi hermano. ¡ He aquí el despacho ! (Se lo entrega.)

MARQUESA ¡ Ah ! Pero, sin embargo, queréis entregar a Blanca a un sujeto sin nombre, sin fortuna : a un proscrito !

CAPITÁN Os engañáis, señora. Quiero dar a Blanca al hombre que ella ama verdaderamente : al doctor Anatolio de Lamotte, gobernador de la isla de Guadalupe por decreto de la Asamblea Constituyente, y que espera a bordo de mi buque a su esposa. Aquí están los documentos. Que partan esta madrugada Luis y Blanca en mi navío, anclado cerca de la rada. Ella se casará a bordo, y él irá a incorporarse a su regimiento. Vos permaneced en este castillo, como lo habéis deseado tantas veces, si no me han engañado.

MARQUESA ¿Y qué le digo al barón de la Taillade?

CAPITÁN Que traigo una orden para prenderle como culpable de haber encerrado inocentes en la Bastilla, y de lo que él ya sabe relativo a la muerte repentina de su tío para heredarle el título. (La marquesa escribe y toca la campanilla. Sale un criado.

MARQUESA Que manden esta carta al barón de la Taillade. (Vase el criado.) Y ahora que habéis hecho justicia a los inocentes, haced gracia a la culpable. Tenéis los documentos que acreditan vuestro nacimiento... Sois el primogénito. ¡ Según la ley, tenéis derecho a los títulos y a la fortuna de Luis y Blanca ! ¿Qué es lo que pedís a cambio de esos papeles?

CAPITÁN Permitidme una sola vez llamaros: ¡Madre mía!, y llamadme una sola vez: ¡Hijo!

MARQUESA ¿Será posible? (Levantándose.)

CAPITÁN ¡Ah! ¿Me habláis de rango, de títulos y de fortuna? ¿Para qué quiero yo todo eso, si no me dais lo que me falta siempre, lo que no puede darme nadie? ¡Ah! ¡Dadme a mi madre! Devolvédmela. ¡Es lo único que os pido!

MARQUESA ¡Hijo! ¡Hijo mío! ¡Querido hijo!

CAPITÁN (Quemando los papeles.) ¡Eso es lo que quiero, madre mía! (Abrázanse.)

MARQUESA ¡Mírame! ¡Mírame! Son las primeras lágrimas que vierto en veintiséis años. ¡Este es el primer sentimiento de alegría que hace latir mi corazón! ¡Es la primera caricia que he dado y recibido en estos cuatro lustros! Es mi expiación, pues conozco que Dios me perdona y permite que broten mis lágrimas de gozo! ¡Gracias, buen Dios! ¡Gracias, hijo mío!

CAPITÁN ¡Madre de mi alma!

MARQUESA ¡Y yo temblaba de verte! ¡Yo ignoraba que mis sentimientos maternales dormían en mi corazón! ¡Dios te bendiga como yo te bendigo! (El capitán sube al foro, toca un pito y vuelve.) ¿Qué es esa señal que has hecho, Enrique?

CAPITÁN He llamado al contramaestre que venga.

MARQUESA ¿Para qué?

CAPITÁN Vais a saberlo. Llamad a mis hermanos.

MARQUESA (Llamando.) ¡Luis! ¡Blanca! (Estos aparecen.)

ESCENA VIII

Dichos. LUIS y BLANCA. Luego, LAMOTTE y FERREOL.

CAPITÁN (A Luis.) Hermano mío: ya eres coronel de dragones. Ahora te embarcarás conmigo para ir a tomar posesión de tu cargo. Blanca: tú también, para reunirte con

Lamotte y tu hijo. (Llega Lamotte con Ferrcol, que trae un niño en sus brazos.)

BLANCA (Corriendo a abrazarlos.) ¡Ah! ¡Esposo mío! ¡Hijo mío!

LAMOTTE Todo lo debo a él. ¡El me ha libertado dos veces y ahora nos hace felices! ¡Cuán bueno es!

BLANCA Abrázale, que es mi hermano. ¡Y el tuyo! (Se abrazan.)

CAPITÁN (Coge al niño y lo presenta a la marquesa.) ¡Madre mía, abrazad a vuestro nieto! (Suena un cañonazo y luego otro.)

MARQUESA ¡Dos cañonazos!

CAPITÁN Al tercero tengo que estar a bordo. ¡Blanca, Luis, Lamotte, en marcha!

MARQUESA ¿Partís, pues? (Amanece.)

CAPITÁN ¡Ahora, al levantarse el día!

MARQUESA ¡Bendiga Dios al hijo que, después de veintiséis años de angustia, ha venido a traer el sosiego al alma de su madre!

CAPITÁN ¡Adiós! (A Luis y Blanca.) ¡Vamos! Despedíos para siempre de este castillo feudal, que significa el pasado. Marchemos hacia el porvenir, que se nos presenta henchido de promesas y espléndido como el nuevo sol que ahora sale! (Sale el sol.)

MARQUESA ¡Adiós, hijos míos! ¡Adiós, Enrique! (Suena el último cañonazo y a lo lejos se oyen aires de la Marsellesa.)

CAPITÁN ¡Adiós, madre mía; debo partir! (Vase con los demás.)

ESCENA FINAL

LA MARQUESA, sola.

¡Y yo quedo aquí! ¡Sola entre dos sepulcros! ¡Enterrada en vida en las ruinas del pasado!

FIN DE LA OBRA

Precio: DOS pesetas